

El Ser Metafísico en la Visión de Parménides

Juan Sebastián Rivera Huertas

Asesor

Luis Gabriel Puerta Martínez

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD

Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades ECSAH

Filosofía

2025

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a Dios, fuente de toda sabiduría y fortaleza, por brindarme la oportunidad y la perseverancia necesaria para llevar a cabo este proyecto de investigación. A mis padres, por su apoyo incondicional, ejemplo de esfuerzo y amor constante, que han sido un pilar fundamental en mi formación personal y académica. A mi hermano Daniel, por su acompañamiento y aliento en cada etapa de este camino. Al Doctor Luis Gabriel Puerta, por su guía, dedicación y apoyo permanente, cuya orientación académica y humana ha sido clave para la culminación de este trabajo.

Resumen

Alrededor del legado de Parménides, se puede afirmar que, en primera instancia, se presenta un compendio histórico de las raíces del pensador ontológico, comenzando por su ciudad natal Elea; su nacimiento, parentela, actividades cívicas, defunción, entre otros aspectos.

Su influencia se debe, en cierta medida, a su familia, la cual gozaba de una óptima reputación en la ciudad de Elea. Del mismo modo, la población ejerció un papel predominante en su formación, al acoger a diversos pensadores que convirtieron a Elea en un centro de pensamiento filosófico. Su parentela, su ciudad natal y su vida cívica influyeron de manera significativa en su desarrollo intelectual, constituyendo las bases para la construcción de su legado filosófico.

Con base en sus orígenes, la influencia recibida por Parménides no se limitó a los aspectos antes mencionados, sino que también provino de pensadores como Ameinias, Jenófanes de Colofón, Zenón y Meliso, quienes fueron piezas clave en la configuración en la filosofía del eleata.

La escuela de Elea, por tanto, resultó ser un valioso ámbito de discusión filosófica donde se dejaron atrás las explicaciones míticas de la noción tradicional de la *phýsis*, dando paso a la ontología de Parménides: el Ser Único, Eterno e Inmutable.

En cuanto a su formación académica, los pilares esenciales de su enseñanza llevaron a Parménides a alcanzar gran relevancia filosófica. Su ontología no solo fue admitida y acogida dentro de la filosofía, sino que también ha trascendido y perdurado en el tiempo.

Aspectos de su significativa trayectoria en la historia del pensamiento quedaron reflejados en su poema doctrinal, el cual aborda la vía de la verdad (*alétheia*) y la vía de la opinión (*doxa*). Este constituye un giro decisivo en la historia de la filosofía, a afirmar que el Ser es Uno e Inmutable, y que solo puede ser pensado y expresado desde la verdad.

Por otra parte, su recepción y legado se hacen evidentes en filósofos como Platón y Heráclito, con quienes presenta similitudes y desemejanzas que generaron impacto en sus respectivas concepciones, gracias a la sólida y efectiva ontología de Parménides.

No obstante, la magnitud de su pensamiento no ha estado exenta de críticas: filósofos como Gorgias, Friedrich Nietzsche, Leucipo y Demócrito han presentado oposiciones a su legado. Pese a estas contracorrientes, la filosofía de Parménides continúa vigente a lo largo de los siglos. El Ser Metafísico es, en su visión, una realidad trascendente que va más allá de la física; es decir, de todo aquello condicionado por el espacio, el tiempo y el cambio. Se sitúa, así, en el plano de lo absoluto, Inmutable y Eterno: una realidad que no depende de lo sensible, sino que se fundamenta en una verdad necesaria y universal; defendida por Parménides como el principio último de todo lo que es.

Palabras clave: Ser, no-Ser, Uno, Inmutable, Eterno

Abstract

Regarding the legacy of Parmenides, it can be stated that, in the first instance, a historical compendium of the ontological thinker's roots is presented, beginning with his hometown of Elea; his birth, family background, civic activities, death, among other aspects.

His influence was due, to some extent, to his family, which enjoyed an excellent reputation in the city of Elea. Likewise, the local population played a predominant role in his formation by welcoming various thinkers who turned Elea into a center of philosophical thought. His kinship ties, his native city, and his civic life significantly shaped his intellectual development, forming the foundations for the construction of his philosophical legacy.

Based on his origins, the influence received by Parmenides was not limited to the aforementioned aspects, but also came from thinkers such as Ameinias, Xenophanes of Colophon, Zeno, and Melissus, who were key figures in shaping the philosophy of the Eleatic. The Eleatic school thus became a valuable space for philosophical discussion, where mythical explanations of the traditional notion of *phýsis* were set aside, giving way to Parmenides' ontology: the One, Eternal, and Immutable Being.

Regarding his academic training, the essential pillars of his teaching led Parmenides to achieve great philosophical relevance. His ontology was not only recognized and embraced within philosophy but has also transcended and endured over time.

Aspects of his significant trajectory in the history of thought are reflected in his doctrinal poem, which addresses the way of truth (*alétheia*) and the way of opinion (*doxa*). This work represents a decisive turning point in the history of philosophy, affirming that Being is One and Immutable, and that it can only be thought and expressed from the standpoint of truth.

Furthermore, his reception and legacy are evident in philosophers such as Plato and Heraclitus, with whom he shares similarities and differences that impacted their respective conceptions, thanks to Parmenides' solid and effective ontology.

Nevertheless, the magnitude of his thought has not been exempt from criticism: philosophers such as Gorgias, Friedrich Nietzsche, Leucippus, and Democritus have presented objections to his legacy.

Despite these countercurrents, Parmenides' philosophy has remained relevant throughout the centuries. The Metaphysical Being, in his view, is a transcendent reality that goes beyond physics—that is, beyond everything conditioned by space, time, and change. It is thus situated in the realm of the absolute, Immutable and Eternal: a reality that does not depend on the sensible, but is grounded in a necessary and universal truth, upheld by Parmenides as the ultimate principle of all that exists.

Keywords: Being, non-Being, One, Immutable, Eternal

Tabla de Contenido

Introducción	9
Justificación	11
Objetivos.....	13
Objetivo General.....	13
Objetivos Específicos.....	13
Marco Conceptual.....	14
Marco Teórico	16
Identificación de Teorías y Autores Relevantes	16
Autores Posteriores	23
Metodología	26
Resultados o Productos Esperados.....	27
Primer Resultado.....	27
Segundo Resultado.....	27
Tercer Resultado	27
Cuarto Resultado.....	28
Contextualización de la Biografía de Parménides	29
Datos Biográficos de Parménides: La Construcción de un Legado Filosófico	30
Contextualización de la Formación Filosófica de Parménides	35
Formación Filosófica: La Cimentación Ontológica de Parménides	35
Relevancia Filosófica: Recepción y Legado de Parménides	52
El Fundamento Ontológico del Legado Parmenídeo	53
El Poema de Parménides: La Vía de la Verdad Como Fundamento Ontológico	54

La Teoría de las Ideas Como Relectura del Ser	63
La Dialéctica del No-Ser en Platón.....	65
El Ser Como Devenir en Heráclito: Tensiones y Complementariedades.....	68
Contracorrientes del Ser: Oposiciones al Pensamiento de Parménides	74
La Crítica Sofística: Gorgias y la Disolución del Ser	75
La Sofística Como Giro Pragmático	78
La Relación Entre Verdad y Retórica.....	80
La Función Emocional del Discurso.....	82
Los Atomistas: Leucipo y Demócrito Frente al Ser Parmenideo.....	85
Nietzsche: El Dinamismo del Devenir Frente a la Ilusión del Ser	87
Más allá del Ser Eterno: Síntesis Crítica y Resonancias Contemporáneas.....	90
Conclusiones del Proyecto de Investigación.....	97
Referencias Bibliográficas	99

Introducción

El presente trabajo de investigación se centra en el análisis exhaustivo de la concepción del Ser en la filosofía de Parménides de Elea, caracterizada por una rigurosidad intelectual que busca desentrañar el significado y las implicaciones que conlleva la tesis fundamental del Ser es y el No-Ser no es.

Parménides, figura fundamental de la filosofía presocrática, revolucionó el pensamiento Occidental al proponer una ontología completamente diferente a las concepciones cosmogónicas de sus antecesores. La visión del Ser de Parménides, como una entidad Única, Inmutable y Eterna, ha dejado una huella profunda y perdurable en la historia de la filosofía.

Este trabajo tiene la finalidad de abordar los siguientes interrogantes: ¿cuál es el significado exacto de la afirmación Parmenidea del Ser?, ¿Qué influencias ha obtenido Parménides de parte de otros pensadores?, ¿Cuáles han sido los cuestionamientos de filósofos referente al Ser?, ¿De qué forma ha sido la relevancia de Parménides en pensadores posteriores?

Estas preguntas se responden con la realización de un análisis detallado de los argumentos de Parménides, así como una revisión bibliográfica especializada sobre el tema. Se prestará atención especial a las interpretaciones de diferentes autores y a las corrientes filosóficas diversas que han abordado a lo largo de la historia la cuestión del Ser.

En definitiva, este proyecto de investigación busca resaltar la profunda influencia del pensamiento de Parménides en la historia de la filosofía. Al estudiar con detenimiento su concepción del Ser y las implicaciones que esta conlleva para la ontología, la epistemología y la metafísica, se pretende contribuir a una comprensión más amplia de su legado y de su vigencia en los debates filosóficos, tanto en el ámbito occidental como en otras tradiciones. Mediante un análisis riguroso de sus argumentos y una revisión crítica de la literatura especializada, se

destacará la originalidad de su planteamiento y el impacto perdurable que ha tenido en el desarrollo del pensamiento filosófico.

Justificación

Parménides plantea un punto de partida para la reflexión filosófica del Ser a lo largo de la historia: su concepción, basada en el Ser Metafísico como una entidad Única, Inmutable y Eterna, representa un acontecimiento esencial en el acontecer de la filosofía.

La aseveración del Ser es y el No-Ser no es, ha funcionado para Parménides estableciendo los soportes para una reflexión radical sobre la naturaleza de la realidad y el conocimiento. Esta concepción continúa teniendo vigencia en el presente, ya que plantea preguntas fundamentales sobre la posibilidad del cambio, la naturaleza del tiempo y la relación entre el pensamiento y el Ser.

Al indagar a profundidad la visión Parmenídea del Ser, se busca la mejor comprensión acerca de cómo este pensamiento clásico ha continuado persuadiendo en debates contemporáneos sobre la metafísica y la ontología.

Igualmente, es fundamental para esta investigación la relevancia de su filosofía en el período contemporáneo referente al conocimiento, la realidad y la existencia, donde se demuestra que continúa siendo de vital importancia este planteamiento, conforme a las preguntas sobre la naturaleza del Ser en la filosofía contemporánea.

En un mundo marcado por el nihilismo, la crisis de la verdad y el relativismo cultural, la noción del Ser según Parménides enfocándose en la Eternidad e Inmutabilidad, representa una radical alternativa a las corrientes filosóficas contemporáneas que realzan la fluidez, la multiplicidad y la relatividad de la realidad.

Entre tanto, el pensamiento postmodernista, por ejemplo, debate la existencia de verdades universales y objetivas, donde Parménides sustenta un Ser Inmutable y Eterno como fundamento de todo lo que existe. Esta concepción ofrece una perspectiva distinta sobre la naturaleza del

conocimiento, al plantear la posibilidad del alcance de una percepción cierta y objetiva sobre la realidad.

Al cuestionar la validez de las verdades relativas, se puede encontrar en el pensamiento de Parménides herramientas conceptuales para construir un marco de referencia más sólido. En este sentido, es importante investigar la influencia del concepto del Ser de Parménides en el desarrollo subsiguiente de la metafísica occidental.

Partiendo del análisis detallado de los escritos de Parménides y de los pensadores que lo sucedieron, se busca determinar las principales ideas y argumentos que han sido heredados de la filosofía Parmenídea y cómo estas han sido re explicadas y modificadas a lo largo de la historia.

Este estudio aportará a una mejor comprensión de la génesis y evolución de conceptos esenciales como el Ser, el conocimiento y la realidad, ofreciendo perspectivas novedosas para la interpretación del pensamiento antiguo.

Objetivos

Objetivo General

Examinar de manera crítica la concepción del Ser en Parménides, considerando su carácter Único, Inmutable y Eterno, y analizar las relaciones entre este planteamiento y el pensamiento filosófico griego clásico subsiguiente.

Objetivos Específicos

Describir el contexto biográfico y las influencias intelectuales que contribuyeron a la formación del pensamiento de Parménides.

Identificar la transición del pensamiento de Parménides, desde las doctrinas de sus maestros, hasta la formulación de su propio pensamiento filosófico, haciendo énfasis en las transformaciones decisivas.

Investigar la recepción y el legado de la filosofía de Parménides, analizando su influencia en filósofos y corrientes posteriores, las diversas interpretaciones de su obra, y los principales debates y transformaciones que suscitó en la historia del pensamiento.

Evaluar las principales críticas, oposiciones y alternativas al pensamiento de Parménides, examinando cómo autores posteriores desafiaron su concepción del Ser, e identificando los aportes filosóficos que surgieron como contraposición a su doctrina.

Marco Conceptual

Este trabajo de investigación se basa en un sólido marco conceptual que permitirá adentrarse en el núcleo del pensamiento de Parménides. Al definir con rigor los conceptos clave e indagar en sus implicaciones metafísicas y ontológicas, se busca comprender a fondo la naturaleza del Ser tal como lo concibe el filósofo objeto de esta investigación.

Este marco conceptual proporcionará las herramientas necesarias para examinar la influencia de esta concepción en el desarrollo posterior de la metafísica occidental, ofreciendo respuestas a preguntas clave sobre la realidad, el conocimiento y la existencia.

El Ser Metafísico según Parménides expone una definición clara y detallada, resaltando sus atributos fundamentales (Eternidad, Inmutabilidad, Unidad, etc.) Asimismo, se analizará las implicaciones epistemológicas y ontológicas del concepto del Ser.

También es imprescindible como objeto de investigación, esclarecer cómo la concepción del Ser Parmenideo se conecta con otras nociones clave en la filosofía de Parménides, entre ellas el conocimiento, la verdad y la realidad.

Este proyecto abarca la dicotomía de Parménides, centrándose en la explicación de los conceptos de Ser y No-Ser, a través de argumentos sólidos que respaldan ambas posturas propuestas por este filósofo clásico. Además, la investigación establece una analogía con otras corrientes filosóficas, en las que se comparan las ideas Parmenideas sobre el Ser y el No-Ser en el pensamiento griego en general.

En relación con el conocimiento del Ser, el autor cuestiona la validez de la percepción sensorial, analizando en profundidad las razones por las cuales esta no puede ser el medio adecuado para acceder a Él. A continuación, explica los métodos epistemológicos que permiten concebir un conocimiento verdadero del Ser.

Además, resulta pertinente y fundamental examinar las implicaciones del pensamiento de Parménides, abordando este estudio desde la perspectiva del concepto de conocimiento. Este proyecto, por tanto, no solo se centrará en los aportes de este filósofo, sino también en los cuestionamientos formulados por otros pensadores a lo largo de la historia.

Un capítulo de especial interés aborda los temas de la verdad y la realidad. En este contexto, el estudio resalta las diferencias clave entre la verdad del Ser y las apariencias ilusorias del mundo sensible. De acuerdo con la concepción de Parménides de Elea, se examina la naturaleza de la realidad ontológica y se explica cómo esta concepción de la realidad se vincula con la teoría del conocimiento.

Marco Teórico

El presente marco teórico tiene como finalidad establecer las bases filosóficas sobre las que Parménides construye su concepto del Ser, teniendo en cuenta el impacto que ha tenido tanto en la metafísica occidental, como en diversas tradiciones filosóficas.

En este sentido, resulta esencial para un análisis detallado de su filosofía, la influencia que ha ejercido en filósofos posteriores y las críticas que ha recibido de otros autores y pensadores clásicos. Dichas objeciones han estimulado un fructífero debate filosófico y, al tiempo, contribuido a la evolución de la metafísica a lo largo del tiempo.

Identificación de Teorías y Autores Relevantes

La vía de la persuasión es un concepto esencial en la filosofía de Parménides, ya que su objetivo principal es analizar la naturaleza del Ser y su contraposición al No-Ser. El Ser se describe de la siguiente manera: Uno, Inmutable, Eterno, Indivisible, Imperecedero y Pleno. Al respecto, De Azcárate (1871) en su obra, Platón, Obras completas, resalta: “Lo uno, al parecer, es, no siendo” (p. 259). Esta cita reafirma la idea de que el Ser es una entidad que existe por sí misma, sin depender de lo que no es.

Para Parménides, el “logos” no es simplemente la facultad de razonar, sino la vía de acceso a la verdad última del Ser. Representa el fundamento mismo de la realidad, aquello que permite comprender la naturaleza única, inmutable y eterna del Ser, trascendiendo las ilusiones de la percepción sensorial. Esta búsqueda de la razón última de las cosas, del fundamento del Ser, es lo que define la esencia de la filosofía de Parménides y su influencia en el pensamiento occidental y es precisamente esta lógica del Ser, esta insistencia en que solo lo que es puede ser pensado y dicho, lo que lleva a Parménides a rechazar el No-Ser. La afirmación del No-Ser como la no constitución de la verdad, se establece precisamente al ser este un camino radicalmente

excluido del conocimiento, llevando a Parménides a establecer una dicotomía ontológica: el Ser y el No-Ser.

Se recurre a los fragmentos de la obra de Parménides, cuyo análisis detallado permitirá elucidar su visión integral del Ser Metafísico. Dentro de los extractos de la obra Sobre la naturaleza se tiene la segunda secuencia la cual es confirmada por Diels Kranz (s.f):

Cuáles son los únicos caminos indagables con el pensar: el de lo que es y que no es no ser; es sendero digno de ser creído (pues marcha a través de la verdad); o bien, el de lo que no es y en cuanto que necesariamente es no ser, el cual, yo te digo, ciertamente es vereda completamente indigna de ser creída; pues ni siquiera es posible que conozcas el no ente (pues no es posible). Ni lo darás a conocer. (p. 20)

La eternidad, perfección e inmutabilidad son características exclusivas del Ser, representan rasgos fundamentales que lo diferencian de los mortales, cuyas imperfecciones los alejan de esta condición. Según Diels Kranz (s.f) en la obra Sobre la naturaleza en el octavo fragmento:

Ya solo un mito como camino queda: lo que es. Y en este hay indicios numerosos de que el ente es inengendrado e imperecedero, pues es completo e inmóvil y ya ahora perpetuo. Ni fue ni será, ya que es ahora todo al mismo tiempo, Uno, Continuo. (p. 24)

Tras examinar estos fragmentos, se evidencia la pertinencia de Parménides en la realidad Inmutable y Única del Ser. Esta concepción se concreta en la expresión “vere ens”, verdaderamente Ser, que subraya la autenticidad y plenitud del Ser frente a la fugacidad del mundo sensible. La relevancia ontológica de Parménides impacta profundamente con las nociones filosóficas de otros pensadores. En este sentido, Etienne Gilson (1965) en su libro El ser y la esencia, afirma:

La metafísica de Platón difiere profundamente de la física de Parménides, más sus ontologías obedecen a la misma ley. Lo que Platón quiere definir, al abordar este problema, es que lo que él mismo llama el $\acute{\alpha}\lambda\theta\epsilon\iota\varsigma$ $\acute{\alpha}\nu$. La fórmula es ordinariamente traducida en latín por *vere ens* o “verdaderamente Ser. (p. 26)

Este “*vere ens*”, o verdaderamente Ser, representa para Platón, al igual que para Parménides, aquello que es real y permanente, en contraposición al mundo de las apariencias, que es cambiante y efímero.

Este proyecto abarca de igual forma la influencia de pensadores clásicos que contribuyen a la filosofía de Parménides. En primera instancia, Zenón de Elea, el cual es identificado como su discípulo, es conocido por sus paradojas que no son insustanciales juegos lógicos, sino argumentos diseñados para defender la visión de Parménides acerca de la realidad Una e Indivisible. La inconsistencia lógica de las nociones de multiplicidad y movimiento eran lo que buscaban demostrar estas aporías. Aquiles y la tortuga, el estadio, son ejemplos de ello. El movimiento tal como se percibe es una ilusión, siendo esta la enfatización del Ser estático e inmutable de Parménides. Conforme a lo anteriormente mencionado, Jonathan Cavallar (2011) en el libro *Las paradojas del movimiento de Zenón de Elea y el testimonio Platónico* afirma:

El argumento consiste en una carrera entre Aquiles (‘lo más rápido’) y una tortuga (‘lo más lento’), en la que esta última comienza con cierto tramo de ventaja. El argumento puede reconstruirse como sigue:

Cuando Aquiles llegue al punto desde el que partió la tortuga, esta última ya habrá recorrido una cierta distancia, quedando nuevamente separada del héroe.

Y cuando Aquiles llegue al punto donde acaba de llegar la tortuga, nuevamente ésta ya habrá recorrido otra distancia. Y este proceso se puede repetir infinitamente.

Pero no es posible que Aquiles recorra las infinitas distancias que lo separarán de la tortuga, en un tiempo finito. Por lo tanto, Aquiles nunca alcanzará a la tortuga. (p. 86)

De igual forma Jonathan Cavallar (2011) en el mismo libro afirma acerca de la paradoja el estadio:

Se obtiene que el atleta nunca se aleja del punto de partida, es decir, que éste nunca se mueve (pues antes de llegar a la mitad, debe pasar por la mitad de la mitad); pero si las infinitas divisiones se hacen entre el corredor y la meta, se obtiene que el atleta avanza, pero nunca llega al final del camino (pues después de haber llegado a la mitad surge otra mitad). Así, si se interpreta que el corredor nunca sale del punto de partida, la conclusión será que el movimiento no existe; pero si se interpreta que el corredor sí se mueve por la pista, pero nunca llega a la meta, la conclusión será que el atleta se mueve (pues está recorriendo el camino) y al mismo tiempo no se mueve (pues si se moviera debería llegar a la meta en algún momento). (pp. 83-84)

Meliso de Samos, es otro presocrático, destacado en este trabajo por ser un significativo seguidor de Parménides. Su obra refleja de manera evidente la influencia de sus ideas. Según Román (1994), “Meliso es el ideal seguidor de las doctrinas de Parménides, mejor que Zenón, cuyo intento de refutar dialécticamente a los oponentes de Parménides, llevó a la lógica Eleata al colapso” (p. 182). Él simplificó alguna de las nociones de Parménides, por ejemplo, el Eleata enfatizaba la Unidad e Inmutabilidad del Ser, Meliso lo llevó a un extremo, argumentando su infinitud espacial y temporal, así como su absoluta homogeneidad. De igual forma Meliso tuvo un argumento directo contra la pluralidad y el movimiento, basándose en la Unidad e Inmutabilidad del Ser. Si el Ser es Uno e Indivisible, no puede haber multiplicidad ni cambio. Para comprender un poco más acerca de dicha superación a Zenón, Ramón Alcalá (s.f) afirma: “último elaborador positivo de la concepción eleática del Ser”, (p. 182), sin embargo, su

simplificación lo llevó a un distanciamiento pausado de la filosofía de Parménides, así como lo vuelve a afirmar Ramón Alcalá (s.f):

Es demostrada la infinitud del Ser mismo: puesto que no es nacido, es y siempre era y siempre será, y no ha tenido principio ni fin, sino que es infinito (&7ceipov). Si de hecho hubiese nacido, tendría un principio (pues en un cierto momento habría comenzado a nacer) y un fin (en un cierto momento habría terminado de nacer); pero, puesto que no ha comenzado ni terminado y era y será siempre, no tiene, por tanto, principio ni fin. Pues, no es posible que sea siempre y no sea todo. Este fragmento contiene indudablemente un punto clave de la doctrina de Meliso, pues se aleja paulatinamente del pensamiento de Parménides. (pp. 182-183)

Para asimilar de mejor manera la superación de Meliso a Zenón de Elea, es oportuno comprender que es innegable la influencia de Zenón en la consolidación de la filosofía Parmenídea, debido a que siendo su discípulo no se limitó a repetir las enseñanzas de su maestro, sino que llevo a cabo una serie de argumentos dialécticos, conocidos como paradojas, cuyo objetivo principal era defender la concepción del Ser como Uno e Indivisible, demostrando por tanto dicha inconsistencia lógica de las nociones de multiplicidad y movimiento. Buscaba revelar las contradicciones inherentes a la percepción que se tiene del movimiento continuo y la divisibilidad infinita del espacio y el tiempo estas aporías de Aquiles y la tortuga y el estadio. Estas paradojas, desafiando la lógica común, generaron un punto de inflexión en la escuela eleática. En este contexto emerge la figura de Meliso de Samos, identificado por Ramón Alcalá (s.f) como: “último elaborador positivo de la concepción eleática del Ser” (p.182).

Meliso a pesar de que seguía a Parménides, llevó alguna de sus ideas a un extremo radicalizándolas y simplificándolas. Su concepción del Ser como absolutamente Uno, Inmutable, pero también infinito espacial y temporalmente, así como perfectamente homogéneo, puede

interpretarse como un intento de superar las complejidades lógicas planteadas por las aporías de Zenón. La noción de un Ser infinitamente extenso y temporal en Meliso podría ofrecer una respuesta implícita a las paradojas del movimiento. Si el Ser es ilimitado y homogéneo, las distinciones espaciales finitas y los momentos discretos en el tiempo que subyacen las paradojas de Zenón podrían carecer de la relevancia ontológica que les otorga la percepción que se tiene. En un Ser donde no hay partes ni divisiones intrínsecas, la idea de un movimiento que implica atravesar una serie infinita de puntos intermedios (como en Aquiles o el estadio) se vuelve problemática quizás incluso inválida dentro de la ontología melisiana.

Si bien la radicalización de las ideas de Parménides por parte de Meliso lo distanció de algunos aspectos del pensamiento de su maestro, su énfasis en la infinitud y la homogeneidad del Ser podría haber representado un intento de ofrecer una base ontológica más robusta que evitara las aporías lógicas que Zenón había puesto de manifiesto. En este sentido, la elaboración positiva de Meliso podría entenderse como un esfuerzo por consolidar la visión eleática del Ser, ofreciendo una perspectiva que, aunque extrema, buscaba superar el “colapso” lógico al que, según algunos intérpretes, la dialéctica de Zenón había conducido.

Así como férrea es la defensa de las ideas Parmenídeas, igualmente intensa es la oposición que estas han generado. Por ello, esta investigación se divide en dos partes: una dedicada a explorar las posturas que respaldan el pensamiento de Parménides y otra que presenta a los autores que discreparon de sus nociones.

En el capítulo tercero el cual se denomina: “relevancia filosófica”; evidencia de manera clara y oportuna el impacto de su filosofía en la ontología, metafísica y epistemología, disuadiendo en pensadores como Platón con términos como: “vere ens”, observado de manera breve en páginas anteriores como aquello que es real y permanente. Los oponentes, por otra

parte, se verán de mejor manera en el cuarto capítulo de esta investigación el cual se denomina: recepción y legado de Parménides; donde la transparencia y formalidad se verán reflejados en la interpretación y reinterpretación por parte de distintos filósofos que a lo largo de la historia han cuestionado sus nociones del Ser y sus atributos trascendentales, así como es el caso de Heráclito de Éfeso quien planteó una crítica directa al inmovilismo, concebido como la negación del Ser Inmutable y Eterno.

Su argumento se basa en que el cambio y el movimiento son aspectos fundamentales de la realidad. La célebre frase “Todo fluye” de Heráclito refleja esta visión, al sostener que el Universo está en constante transformación. Según Ibáñez (2006): “la existencia del cambio y del movimiento son ideas esenciales en el pensamiento de Heráclito” (p.11). Esta concepción dinámica de la realidad contrasta directamente con la noción del Ser de Parménides, quien postulaba un Ser Único, Inmutable e Indivisible, donde el cambio y el movimiento son consideradas ilusiones de los sentidos.

Asimismo, se cuestiona la dualidad entre el ser y el no ser, así como la lógica deductiva propuesta por Parménides. La crítica se centra en la incapacidad del pensador de Elea para comprender y reflejar la naturaleza cambiante y dinámica de la realidad.

Empédocles de Agrigento, por su parte, rechaza el monismo y adopta un enfoque pluralista, según García (1996): “es uno de los pluralistas, como Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, que asumen el reto de sus grandes predecesores” (p. 13). El pluralismo se encuentra fundamentado en cuatro elementos básicos: tierra, aire, fuego y agua. Estos elementos se combinan y separan en distintas proporciones, dando origen a la diversidad del mundo.

Según Cañas (2010): “estas raíces son inengendradas e indestructibles, cualitativamente inalterables e inmutables, y completamente semejantes. Sus descripciones hacen recordar el Ser

de Parménides, pero admitiendo la divisibilidad, el movimiento y el pluralismo de los elementos” (p. 138). Además, critica el determinismo, la metafísica y la abstracción conceptual de Parménides, centrando su enfoque en una explicación física y natural de los fenómenos.

Autores Posteriores

Más tarde, surgieron otros autores de gran relevancia, como Platón, quien afirmó que el Ser de Parménides no reside en el mundo físico, cambiante y aparente, sino en un mundo de ideas perfectas, eternas e inmutables. En este sentido Laura Banchio (2004) afirma: “El verdadero conocimiento versa sobre lo inteligible, olvidando lo mudable, material y temporal” (P.4).

Estas ideas, a las que Platón denomina ‘formas,’ constituyen la verdadera realidad y son los modelos ideales de los cuales las cosas del mundo físico no son más que copias imperfectas. Para comprender este concepto Conrado Eggers Lan (1998) afirma lo siguiente:

Comprende entonces la otra sección de lo inteligible, cuando afirmo que en ella la razón misma en ella aprehende, por medio de la facultad dialéctica, y hace de los supuestos no principios sino realmente supuestos, que son como peldaños y trampolines hasta el principio del todo, que no es supuesto y, tras aferrarse a él, ateniéndose a las cosas que de él dependen, descende hasta la conclusión, sin servirse para nada de lo sensible, sino de Ideas, a través de Ideas, y en dirección a Ideas, hasta concluir en Ideas. (p. 337)

Aristóteles define al Ser como sustancia, señalando que no es solo una idea abstracta, sino que también se manifiesta en las cosas del mundo físico. Su crítica a la teoría de las ideas de Platón da lugar a una concepción innovadora del Ser. Para Aristóteles, la sustancia, como definición del Ser, es aquello que subyace a las propiedades cambiantes de los objetos, permaneciendo constante a pesar de los cambios, por ello Jonathan Barnes (1995) afirma:

La pregunta “¿qué es el Ser?” es una pregunta ontológica, una pregunta sobre la existencia: ¿Qué es el Ser? Significa ¿qué es la existencia? O mejor aún, ¿qué cosas existen? En Z I Aristóteles reduce la pregunta por el Ser a la pregunta por la sustancia, de la pregunta por lo que existe a la pregunta por lo que existe en sentido primero; él parece establecer que primero establecemos la categoría de sustancia, los accidentes van a venir después por ellos mismos. (p. 9)

Finalmente, pensadores como Martin Heidegger, Friedrich Hegel y Jacques Derrida presentan críticas profundas a la metafísica tradicional, aunque su pensamiento se inscribe en una larga tradición de reflexión sobre el Ser que se remonta a la filosofía clásica y que tuvo desarrollos significativos en la Edad media y en la Edad moderna. Heidegger, por ejemplo, la considera un enfoque filosófico que ha olvidado el cuestionamiento fundamental sobre el ser en sí mismo. Al respecto Rivera (1997) afirma: “¿nos hallamos hoy al menos perplejos por el hecho de que no comprendemos la expresión “Ser” De ningún modo. Entonces será necesario, por lo pronto, despertar nuevamente una comprensión para el sentido de esta pregunta” (p.12). Hegel, por su parte propone la dialéctica como método para comprender el Ser, demostrando que no es algo inmutable o estático, sino que está en constante transformación y cambio, según Félix Duque (2011) en la edición de la obra Ciencia de la lógica, de Hegel:

El puro Ser y la pura nada es lo mismo. Lo que es la verdad no es el Ser ni la nada, sino que el hecho de que el Ser, no es que pase, sino que ha pasado a nada, y la nada al Ser. (p.226)

Por otro lado, Derrida aborda la relación problemática con la postura de Parménides de Elea mediante la deconstrucción, un método que cuestiona los fundamentos de la metafísica occidental, según Peter Krieger (2004): “solo la crítica del texto, y no la introspección metafísica, es capaz de lograr un conocimiento razonable” (pp.182-183). Este enfoque filosófico

revela cómo los conceptos y categorías tradicionales se sustentan en jerarquías y binarismos que, lejos de ser sólidos, resultan contradictorios e inestables.

Metodología

El desarrollo de la presente investigación requiere centrarse en el análisis documental como principal fuente de información, atendiendo a las complejidades teóricas del tema propuesto. El estudio de 'El ser metafísico en la visión de Parménides' constituye un reto filosófico en sí mismo, ya que implica una búsqueda exhaustiva de datos y corrientes de pensamiento, la comparación de autores y el análisis conceptual, apoyándose en una bibliografía relevante.

Examinar la postura del pensador de Elea, exige una cuidadosa exploración de sus especificidades conceptuales, teóricas y filosóficas. Este enfoque requiere un estudio detallado para interpretar, comprender y transmitir de manera clara y precisa los postulados que constituyen su legado sobre la forma de pensar y concebir la vida.

Para lograr este objetivo, se llevó a cabo un proceso de recolección de datos que incluyó un exhaustivo análisis de textos primarios de Parménides, así como de textos secundarios. Estos últimos permitieron examinar su obra desde diversas perspectivas, incluyendo las de filósofos, librepensadores, historiadores, comunicadores, teólogos, entre otros, quienes aportan información valiosa para contextualizar su pensamiento.

Finalmente, tras obtener los resultados de la búsqueda y seleccionar a los autores que contribuyen al desarrollo de la investigación, se procedió al análisis contextual. Este proceso incluyó la elaboración de argumentos, la comparación de ideas y la interpretación de los textos recolectados, con el objetivo de comprender el significado y la influencia de las obras analizadas dentro del contexto filosófico.

Resultados o Productos Esperados

Primer Resultado

La reconstrucción contextualizada de la figura de Parménides, a partir del análisis de las fuentes biográficas, referencias históricas y testimonios de su recepción inicial. Este producto permitirá identificar los elementos que contribuyeron a la consolidación de su legado filosófico, atendiendo a su pertenencia cultural, posibles influencias doctrinales y el modo en que fue percibido por pensadores posteriores. El indicador de este resultado se verá en la capacidad de comprender como la construcción del perfil de Parménides contribuye a la interpretación de su pensamiento y a su lugar fundacional en la historia de la filosofía occidental.

Segundo Resultado

El desarrollo de una comprensión crítica de la identidad entre el Ser y el pensamiento en la filosofía de Parménides, fundamento esencial de su construcción ontológica. Este principio establece que solo mediante el pensamiento racional y no por medio de los sentidos es posible acceder al conocimiento verdadero. El indicador de este resultado será la interpretación adecuada de las implicaciones epistemológicas de esta identidad, en especial la función del logos como vía de acceso al Ser y su oposición radical a la doxa o apariencia sensible.

Tercer Resultado

La comprensión de la relevancia filosófica del pensamiento de Parménides a través del análisis de su recepción e impacto en distintas corrientes de la tradición occidental. Este producto busca identificar como la noción del Ser parmenídeo fue reelaborada por filósofos posteriores, desde Platón hasta el neoplatonismo, revelando la vigencia y transformación de sus principios ontológicos. El indicador de este resultado consistirá en la capacidad de reconocer las diversas

formas en que el legado de Parménides ha sido interpretado, apropiado o ampliado, así como su papel estructurante, en la conformación de la metafísica como disciplina.

Cuarto Resultado

La capacidad de identificar, analizar y contextualizar las principales oposiciones filosóficas que se han formulado en contra de la concepción del Ser desarrollada por Parménides. Este apartado buscará evidenciar cómo distintos pensadores y corrientes posteriores, desde Heráclito hasta perspectivas contemporáneas, han problematizado la noción de un Ser Único, Eterno e Inmutable. El indicador de este propósito consistirá en demostrar, mediante el análisis crítico, como esas contracorrientes permiten enriquecer el debate ontológico y abrir nuevas posibilidades de comprensión del Ser más allá del modelo eleático.

A través de este análisis se espera enriquecer el conocimiento del pensamiento de Parménides y su interpretación a través de los siglos. Los resultados de este proyecto serán de gran utilidad para investigadores en los campos de la metafísica, ontología y orígenes de la filosofía occidental, así como para el público en general interesado en el mundo de las ideas, al igual que estudiantes que se preparan para esta disciplina intelectual, deseando profundizar en esta temática.

Además, al fomentar la reflexión crítica y el análisis de las ideas, este trabajo contribuye a un mayor aprecio por las raíces de la filosofía occidental.

Contextualización de la Biografía de Parménides

La filosofía de Parménides de Elea marcó un hito en la historia del pensamiento occidental, marcando un punto de inflexión en la reflexión sobre la naturaleza de la realidad. La Unidad, la Eternidad, la Inmutabilidad e Indivisibilidad enfocado desde su perspectiva, resuena en el tiempo influenciando en pensadores tan distintos como es el caso de Platón, Aristóteles, Hegel, entre otros.

Este proyecto de investigación, titulado “El Ser Metafísico en la visión de Parménides”, tiene como objetivo examinar en detalle el universo conceptual de este filósofo presocrático, indagando el meollo de su ontología y su repercusión en el desarrollo de la metafísica. No obstante, es fundamental analizar el contexto histórico y cultural específico del Eleata, antes de abordar directamente su filosofía.

La figura de Parménides se recubre de misterio, debido a la naturaleza fragmentaria y enigmática de las fuentes disponibles, principalmente los fragmentos de su poema “sobre la naturaleza” y los testimonios de otros filósofos. Esta situación plantea un desafío a la hora de interpretar su pensamiento, pero también ofrece valiosos indicios sobre la comprensión del origen y el sentido de su filosofía. El conocimiento acerca de las especificaciones de su vida, el influjo el cual pudo haber perfilado su inteligencia y el entorno en el cual se llevaron a cabo sus nociones, concede la oportunidad de valorar la originalidad y audacia de su pensamiento.

En primera instancia, el capítulo inicial pone en evidencia la adhesión de Parménides a la escuela Eleática, al igual que un grupo de filósofos los cuales cuestionaban las concepciones tradicionales del mundo, estableciendo los fundamentos del Ser. La conexión la cual tuvo con otros pensadores de la época, así como es el caso de Jenófanes de Colofón, benefició la posición

de su razonamiento en el marco de la filosofía presocrática, determinando las influencias que contribuyeron en el avance de su formación intelectual.

Posteriormente, la biografía de Parménides privilegia el entendimiento acerca del contexto histórico y cultural de mejor manera, comprendiendo así la emersión de su filosofía. En la Antigua Grecia se presentaron transformaciones y cambios profundos, los cuales fueron marcados por el apogeo de la democracia, el desarrollo de la ciencia y la creciente importancia de la razón. Este ambiente intelectual y social influyó en la visión del mundo que tenía el pensador de Elea, siendo provechoso en su búsqueda de la verdad.

En definitiva, la trayectoria de Parménides exhorta a la profunda conexión entre su vida y su obra. ¿De qué manera influyó su experiencia vital y su persuasión entendida como convicción interna en su pensamiento? ¿Qué función ejerció su entorno social y cultural en la conformación de su filosofía?, estas preguntas plantean desafíos interpretativos que cuentan con la exigencia de un estudio exhaustivo de las fuentes y un análisis crítico de la bibliografía existente.

La vida de Parménides, su contexto histórico y cultural, y las influencias que marcaron su pensamiento son los temas centrales en este capítulo. A través del análisis de estos elementos, se busca profundizar en la concepción del Ser de Parménides, eje fundamental de esta investigación: “El Ser Metafísico en la visión de Parménides”. Esta sección explorará como sus experiencias vitales, las nociones de otros filósofos presocráticos y las transformaciones sociales y políticas de la Antigua Grecia influenciaron en su pensamiento y en su visión del Ser, ofreciendo una nueva perspectiva sobre su ontología.

Datos Biográficos de Parménides: La Construcción de un Legado Filosófico

El desarrollo intelectual de Parménides tiene sus raíces en Elea, su ciudad natal, según poema de Ser, fragmentos (s.f.): “Elea fue fundada por los Focences de Alalia (en Córcega) al

caer esta ciudad en poder de los Cartaginenses, en – 540. Fue fundada sobre la base de un pueblo ya existente, llamado Velia” (p.1).

En referencia a su natividad, la literatura consultada para este proyecto de investigación, tiene cierta incertidumbre cronológica conforme a la exactitud temporal. Esta complicación, inherente al estudio de los filósofos presocráticos, se evidencia claramente en el debate de la data natal, como lo confirma Poema de Ser, fragmentos (s.f):

La fecha de nacimiento de Parménides constituye un problema, por un lado, Diógenes Laercio afirma, siguiendo muy probablemente a Apolodoro, que la akmé (florescencia) de Parménides tuvo lugar en la olimpiada 69 (504-500 AC.) como la akmé es alrededor de los 40 años, esto nos lleva a fijar la fecha de nacimiento de Parménides hacia el año 540 A.C., es decir, en la época de la fundación de Elea. (p. 1)

La discrepancia conforme a la data, es evidente en diversas fuentes. Según Zubiria (2016): “lo que se sabe de la vida del filósofo es muy poco. Nació hacia el año 515” (p.3). Esta incertidumbre, lejos de restarle importancia y valor a su obra, demuestra que su legado intelectual trasciende las limitaciones del tiempo, pues el enigma que rodea su figura subraya la perdurabilidad de su influencia a través de los siglos.

La defunción, biográficamente, es otro de los pilares esenciales en esta investigación. La imprecisión conforme a su fallecimiento es otro de los aspectos recónditos del proyecto. Según poema de ser, fragmentos (s.f.): “su muerte debe haber ocurrido hacia 446 AC. Es decir, Parménides ocupa la primera mitad del siglo V, el más glorioso de Grecia” (p.1). El país del sureste de Europa se encontraba en un florecimiento intelectual, abarcando en una transformación filosófica, marcada por la transición de las explicaciones mitológicas a la primacía de la razón y la lógica.

La estirpe de Parménides gozaba de una posición social elevada, con ascendientes reconocidos y de gran reputación. Su linaje era noble y distinguido, disfrutaba de un abundante caudal, lo que les permitía sobresalir en la sociedad de su tiempo. Según Zubiria (2016): “Procedía de una familia de abolengo y fortuna” (p. 3). Si bien, su parentela influyó en su desarrollo, no fue el único factor determinante. Según Diógenes Laercio, y retomado por Zubiria (2016): “su padre se llamaba Pires” (p. 3). En esa misma línea, Elea, su ciudad natal, desempeñó un papel crucial en su formación. Esta localidad, desde sus orígenes como colonia griega, albergó una rica tradición cultural y política, lo que propició un ambiente intelectual fértil. La presencia de otros pensadores y filósofos en Elea, contribuyó a que esta población se convirtiera en un significativo centro de pensamiento filosófico.

Cómo se ha visto, Diógenes Laercio es una fuente primordial para conocer la vida de Parménides. Este historiador de la filosofía griega, autor de la reconocida obra *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* vivió posiblemente en el siglo III d.C. Su obra es una de las fuentes más influyentes para comprender la trayectoria y el raciocinio de los filósofos de la antigüedad, no obstante, de igual modo algunos historiadores y filólogos cuestionan su obra por la falta de precisión en algunos datos, sin embargo, pese a las críticas, continúa siendo una referencia significativa para los estudiosos en filosofía. Por medio de sus escritos, Diógenes Laercio proporciona información de gran valor acerca de la vida de Parménides y otros pensadores presocráticos, permitiendo la reconstrucción del contexto en el que desarrolló su pensamiento. Para entender mejor lo anteriormente mencionado, Carlos García Gual (2007) afirma lo siguiente:

Ante la extensa obra de Diógenes Laercio, el lector actual suele experimentar una sensación ambigua. Mientras avanza en la lectura de su abigarrado texto, le asalta la admiración

suscitada por la cantidad y variedad de noticias que nos transmite, y por la agudeza de sus anécdotas y citas y sus curiosos datos biográficos. (p. 7)

La recopilación de información, labor fundamental de Diógenes Laercio se inscribe dentro de la tradición doxográfica, un método historiográfico determinado por la compilación y orden de opiniones filosóficas. En disimilitud con un análisis crítico profundo, la doxografía se concentra en la preservación de las doctrinas y anécdotas de los filósofos antecedentes, concediéndole la oportunidad a los estudiosos el acceso a las corrientes del pensamiento antiguo con un panorama general. Este trabajo, aunque susceptible a imprecisiones debido a la dependencia de fuentes secundarias y la falta de un examen exhaustivo, resulta invaluable para la reconstrucción del pensamiento presocrático, donde son exiguos los registros primarios.

Conforme a esta información García Gual (2007) afirma lo siguiente:

Es indudable que estas vidas y opiniones de los filósofos más ilustres constituye un testimonio insustituible sobre la tradición de las escuelas filosóficas griegas. Es la única narración extensa y antigua de la historia de la filosofía antigua que ha llegado hasta nosotros. A la vez, siendo una fuente singular por su extensión y su riqueza de noticias, suele dejar una cierta insatisfacción en el lector que aspiraría a encontrar una historia filosófica de un talante más crítico, más valorativo; en definitiva, un estudio más riguroso y penetrante en la exposición de las ideas y menos recargado de anécdotas y detalles pintorescos. (pp. 7-8)

La política fue una faceta destacada en la vida del Eleata. Según poema de ser, fragmentos (s.f.) se dice: “participó en la política su ciudad natal y según Speusipo, dio las leyes a estas” (p. 1). Su capacidad de negociación fue un punto crucial en la vida cívica, siendo su perspicacia y audacia la que hacía sobresalir en la vida gubernamental de su pueblo, según Constantino Láscaris (s.f.): “Parménides arregló para su patria leyes excelentes; por ello los

magistrados cada año hacían jurar a los ciudadanos que guardarían las leyes de Parménides”

(p.9). La documentación filosófica en cuestión, no presenta los edictos estatales que promulgó Parménides en su ciudad natal, sin embargo, el testimonio de pensadores como Espeusipo corrobora y atestigua la eficacia y función del Eleata en la vida pública de su jurisdicción.

Aunque limitada es la información sobre Espeusipo, es de gran significación su testimonio. Filósofo Ateniese y sucesor de Platón en la academia, según García (2007): “estuvo al frente de la escuela durante ocho años, comenzando en la olimpiada ciento ocho” (p. 195). Su dominio como director de la academia les da importancia a sus declaraciones. El hecho de que él fuera una figura ilustre en la filosofía griega, consolida la influencia política de Parménides en la autoridad de las leyes de Elea.

Las inclinaciones intelectuales del Eleata se revelan a través de su fascinación por la filosofía. sin embargo, antes de embarcarse en este camino, sus encuentros con ciertas figuras clave moldearían su ingenio y su perspectiva, delineando el proceso de construcción de su legado filosófico. Según poema de Ser, fragmentos (s.f.): “Parménides fue compañero de un pitagórico, llamado Ameinias, y que este habría convertido a Parménides a la filosofía” (p. 1) estos y otros aspectos serán explorados en profundidad en el siguiente capítulo.

Contextualización de la Formación Filosófica de Parménides

La huella intelectual que Parménides dejó fue imborrable, siendo su población, parentela y participación cívica, los pilares oportunos analizados en el capítulo primero de los datos biográficos, construcción de su legado filosófico.

El segundo capítulo por otra parte, se enfocará en el análisis de su instrucción académica, comprendiendo la sustentación de su pensamiento, siendo la razón de su cimentación ontológica. Para ello, será procedente abarcar cabalmente la influencia de sus maestros y las corrientes intelectuales de su tiempo, marcando las bases de su concepción revolucionaria del Ser.

Formación Filosófica: La Cimentación Ontológica de Parménides

Según poema de Ser, fragmentos: “Parménides fue compañero de un pitagórico, llamado Ameinias, y que este habría convertido a Parménides a la filosofía” (s.f., p.1), estas fueron las palabras concluyentes del capítulo primero, donde al analizar su fecha nativa, defunción, parentela y actividad cívica, da paso ahora a la investigación exhaustiva y rigurosa acerca de la instrucción cognitiva del Eleata.

Dentro del panorama filosófico que nutrió el pensamiento de Parménides, la figura del pitagórico Ameinias, surge como un probable influyente en su crecimiento intelectual. Aunque los detalles precisos de su relación y las doctrinas específicas que transmitió a Parménides son escasos y no se encuentran abundantemente documentados en las fuentes primarias conservadas, la tradición sugiere un vínculo entre ambos, sin embargo, dentro de la recopilación biográfica consultada hay una breve información específica, que beneficia en el conocimiento de esta figura destacada, en la formación del pensador ontológico.

Luego de la cita textual en español referenciada en el culmen del capítulo primero, las siguientes citas en referencia a Ameinias, influjo académico de Parménides, tendrán cabida

en portugués, dada la escasa documentación disponible acerca del pitagórico. Al respecto, Araújo (2010), en *A perscrutação do ser parmenídico*, sostiene que “Diógenes Laértios registra três possíveis pensadores que teriam influenciado a filosofia de Parmênides: Xenófanes, Anaximando e o pitagórico Ameinias” (p. 11). La traslación de la cita resalta la posible influencia de Ameinias, así como la de Jenófanes de Colofón y Anaximandro, en la configuración del pensamiento de Parménides. En la profundización de las escasas referencias bibliográficas disponibles, se encuentra que, según Diógenes Laercio, la fuente de la información sobre Ameinias sería Sócion, un autor de los siglos III-II a.C. En palabras de Francisco Araújo (2010):

Quanto a possível influência do pitagórico Ameinias, Diógenes atribui a informação a Sócion (séc. III-II a.C.). Confiando em Sócion, Diógenes registra que teria sido Ameinias e não Xenófanes que influenciou Parmênides. Essa influência não seria somente teórica, mas também prática, uma vez que teria sido Ameinias que levou Parmênides [...] a adotar a vida tranqüila de um estudioso. (p.12)

Este fragmento resalta un aspecto menos explorado de la acción de Ameinias sobre Parménides: no sólo fue una influencia teórica sino también práctica. Según Diógenes Laercio, quien cita a Soción como fuente de esta información, fue el Pitagórico quien no sólo orientó a Parménides en cuestiones filosóficas, sino que también guió su estilo de vida. Es particularmente significativo el hecho de que, según la tradición, Ameinias fue quien impulsó a Parménides a adoptar una vida de estudio contemplativo, apartada de las preocupaciones superficiales.

Esto tiene implicaciones profundas para la interpretación de la filosofía de Parménides. El filósofo no sólo comenzó a desarrollar su pensamiento ontológico en un sentido teórico, sino que también abrazó una existencia dedicada completamente a la reflexión, la observación y la razón. Este alejamiento de la vida activa, que podría haberse vinculado a la participación social o

política, subraya el carácter elitista y radical de la filosofía Parmenídea, donde la búsqueda del Ser solo puede alcanzarse por medio de una vida dedicada exclusivamente al pensamiento puro.

Por lo tanto, la influencia de Ameinias no sólo definió la orientación intelectual de Parménides, sino también su modo de vida: un filósofo que renuncia a la multiplicidad del mundo sensible para concentrarse en lo Único, Inmutable y Eterno. La figura de Parménides se presenta, así, no solo como un pensador, sino como un ser que se aleja del devenir y la apariencia, buscando el Ser Eterno, tal como le enseñó su maestro Pitagórico.

Dentro de las fuentes antiguas mencionadas por Diógenes Laercio se encuentra Sócion, un autor que vivió entre los siglos III-II a.C, conocido por su obra sucesiones de los filósofos, la cual actualmente se encuentra perdida, conservándose únicamente algunos fragmentos o referencias a ella. No obstante, su trabajo ha llegado solamente a través de citas indirectas, como las de Heraclides y el propio Diógenes Laercio, reconociéndose su importancia como transmisor de información sobre las tradiciones filosóficas anteriores.

Las referencias a Soción son escasas y fragmentarias; por ello, es limitada la posibilidad de reconstruir su contribución doctrinal específica. Pese a que en la obra conservada de Diógenes Laercio no aparece de forma explícita el nombre de Ameinias vinculado a Parménides, algunos estudios modernos, basándose en testimonios atribuidos a Soción y recogidos indirectamente por Diógenes, interpretan esta conexión entre el pitagórico y el filósofo Eleata.

Retomando una breve información del capítulo primero, se había mencionado lo siguiente, afirmado por Constantino Láscaris (s.f.): “Parménides arregló para su patria leyes excelentes; por ello los magistrados cada año hacían jurar a los ciudadanos que guardarían las leyes de Parménides” (p.9), ahora, teniendo presente este conciso comunicado, Diógenes Laercio citado por Francisco Araújo (2010), afirma:

Parmênides parece ter sido um cidadão atuante. Ele teria elaborado leis para a cidade de Eléia, com a finalidade de legar aos seus concidadãos boas leis. Pelas suas ações, parece que descendia de família rica, por ter erguido um altar por ocasião da morte de Ameinias. (p.11)

Este pasaje revela un detalle significativo tanto de la vida cívica de Parménides como de su vínculo con Ameinias. Según el testimonio recogido por Francisco Araújo, basado en Diógenes Laercio, la acción de erigir un altar tras la muerte de Ameinias no solo denota una profunda relación personal, sino también un gesto de honor y reconocimiento hacia quien habría sido su maestro. La construcción de un altar en ese contexto no era una práctica trivial: implicaba un acto de piedad y veneración, propio de alguien con recursos económicos y con un lugar destacado en la vida pública de su polis.

Este acto permite entrever el aprecio que Parménides sentía por Ameinias, reafirmando la influencia no solo intelectual, sino también afectiva del pitagórico sobre el Eleata. Además, la alusión de que Parménides provenía de una familia rica y activa políticamente refuerza la imagen de un pensador que, antes de consagrarse plenamente a la vida filosófica, también desempeñó un papel sobresaliente en los asuntos de su ciudad. La transición desde la vida pública hacia la contemplativa, motivada quizás en parte por la muerte de Ameinias, sugiere una trayectoria biográfica coherente con la profundidad y radicalidad de su pensamiento ontológico.

En conjunto, la figura de Ameinias se revela como un eslabón decisivo en la configuración del pensamiento y la vida de Parménides. Aunque los testimonios antiguos son fragmentarios, las huellas de su influencia permiten afirmar que su papel no fue meramente incidental, sino determinante en la orientación tanto intelectual como existencial del filósofo Eleata. La guía de Ameinias habría introducido a Parménides en el rigor del pensamiento pitagórico, marcando el inicio de una vida consagrada a la razón, la contemplación y la búsqueda

del Ser. Con ello, se perfila una primera etapa formativa que servirá de fundamento para la construcción de su pensamiento ontológico radical, el cual puede entenderse también como respuesta o continuidad de aquella herencia inicial recibida de su maestro.

Habiendo reconocido la influencia de Ameinias como un punto de partida en la trayectoria de Parménides, resulta pertinente explorar otros elementos que intervinieron en la configuración de su pensamiento. Más allá del marco pitagórico, diversos indicios sugieren que Parménides pudo haber entrado en contacto con otras corrientes filosóficas de su tiempo, ya sea a través del dialogo con escuelas como la de Jenófanes, o mediante un entorno cultural que fermentaba interrogantes sobre la naturaleza, el conocimiento y la verdad. Comprender estas posibles interacciones y el contexto intelectual más amplio en el que Parménides se desarrolló permitirá profundizar en la complejidad y originalidad de su propuesta: El Ser Metafísico.

Lo siguiente a tratar en este segundo capítulo es la figura de Jenófanes de Colofón. En la reconstrucción del contexto formativo de Parménides, resulta fundamental considerar la figura de Jenófanes de Colofón, pensador itinerante cuya crítica al antropomorfismo y cuya reflexión sobre el conocimiento marcaron un precedente significativo en el pensamiento presocrático. Si bien los testimonios antiguos no son concluyentes respecto a una relación directa de magisterio, múltiples fuentes coinciden en situar a Parménides en un entorno influido por Jenófanes, ya sea como discípulo, oyente o interlocutor. Según una tradición recogida por Diógenes Laercio y retomada por Carlos García Gual (2007) “según algunos, no fue discípulo de nadie, según algunos, lo fue de Botón de Atenas, o según otros, de Arquelao. Y, según Soción, era contemporáneo de Anaximandro.” (p. 465).

Esta ambigüedad sobre sus vínculos directos con otros pensadores, lejos de restarle valor, pone de relieve el carácter abierto y plural del pensamiento presocrático. Por su parte, Francisco Araújo (2010) interpreta la relación entre Parménides y Jenófanes del siguiente modo:

Ele observa que Parmênides, seja como ouvinte ou discípulo de Xenófanes, não seguiu os seus ensinamentos. Quanto ao ensinamento de Anaximandro, Diógenes recorre a informação constante na Epítome de Teofrastos, que Parmênides seria discípulo do pré-socrático. Essa informação deixa entrever dúvidas, uma vez que algumas traduções, como é o caso da de Kirk-Raven- Schofield (1983, pp. 249-250), expõe que quem foi discípulo de Anaximandro não foi Parmênides e sim Xenófanes. Como há consenso quanto ao contato de Parmênides com Xenófanes, é possível que durante os seus ensinamentos, Xenófanes tenha comentado sobre a filosofia de seu mestre. Talvez devido a isso, alguns tradutores associem Parmênides a Anaximandro. Em Kirk-Raven-Schofield (1994, p. 251), encontra-se a informação de que no poema de Parmênides é possível perceber “ecos” da teologia e da epistemologia de Xenófanes. (pp. 11-12)

Aun cuando Parménides no haya seguido fielmente las doctrinas de Jenófanes, las huellas de su pensamiento particularmente en lo referente a la unidad del Ser y la crítica al conocimiento sensible resuenan con fuerza en su poema filosófico, indicando una influencia más profunda que la mera filiación escolástica.

Esta influencia profunda se hace aún más evidente si se consideran directamente algunos fragmentos conservados del pensamiento de Jenófanes. En uno de ellos, Bernabé (1998), afirma al respecto: “uno solo es dios, entre hombres y dioses el más grande, ni un cuerpo parejo a los mortales, ni en entendimiento” (p.107). Este testimonio revela una concepción radicalmente

unitaria de la divinidad, ajena a cualquier forma de representación antropomórfica, lo cual prefigura la idea del Ser Único e Inmutable que Parménides desarrollará con rigor ontológico.

Asimismo, en otro fragmento recogido por el mismo autor, Bernabé (1998) afirma: “y es que claro, ningún hombre lo ha visto, ni será conocedor de la divinidad ni de cuanto digo sobre todas las cuestiones” (p.108). Esta declaración escéptica sobre los límites del conocimiento humano frente a la verdad última anticipa las reservas que el propio Parménides expresará respecto a la vía de la opinión (δόξα), en contraposición al camino de la verdad (ἀλήθεια). Ambos fragmentos no solo ilustran la profundidad teológica y epistemológica de Jenófanes, sino que permiten vislumbrar las raíces conceptuales que nutrirán, aunque transformadas, el núcleo del pensamiento eleático.

En suma, la figura de Jenófanes de Colofón, representa un punto de inflexión dentro del itinerario formativo de Parménides, no tanto por una relación directa y documentada de magisterio, sino por la profunda sintonía filosófica que se advierte entre ambos pensadores. Su crítica al antropomorfismo divino queda ejemplificada en fragmentos como aquel en que Bernabé (1998) afirma: “los etíopes afirman que sus dioses son chatos y negros, y los tracios, que ojizarcos y rubicundos son los suyos” (p.106). Esta observación revela su rechazo a proyectar atributos humanos sobre la divinidad, anticipando así la noción de un Dios Único e Inmutable. Por otra parte, su reflexión sobre el conocimiento humano queda expresada en fragmentos como el siguiente, también recogido por Bernabé (1998) expresando: “a los mortales no se lo enseñaron los dioses todo desde el principio, sino que ellos, en su búsqueda a través del tiempo, van encontrando lo mejor” (p.106).

De igual forma, su escepticismo respecto a la posibilidad de un conocimiento absoluto constituye otro de los núcleos que resuenan en la doctrina del Ser desarrollada por el filósofo de

Elea. Más que una mera herencia intelectual, Jenófanes puede ser comprendido como un antecedente conceptual que preparó el terreno para la formulación de una ontología radical. Así, la influencia Jenofanea no solo enriquece la comprensión del pensamiento Parmeniéico, sino que ilumina las condiciones históricas e intelectuales en las que este comenzó a germinar.

Esta lectura histórica ha llevado a algunos estudiosos a reevaluar el vínculo entre ambos pensadores. En este sentido Bedlow (2011) plantea que: “Argüiré que la “eleatización” de Jenófanes fue introducida- junto a la lectura de Parménides y Zenón cómo filósofos monistas, a la manera de Meliso- por la escuela megárica de Euclides” (p.1). Esta apreciación, lejos de deslegitimar la conexión filosófica entre Jenófanes y Parménides, evidencia el modo en que la posteridad interpretó y consolidó dicho vínculo dentro de una tradición filosófica que buscaba establecer una línea doctrinal coherente entre pensamiento teológico, ontológico y lógico.

Una de las incógnitas más comunes que se suelen presentar al abordar la formación de Parménides es la siguiente: ¿cómo fue su primer día al ingresar a la escuela de Elea? Aunque las fuentes antiguas no conservan detalles concretos de ese momento, la tradición filosófica y los testimonios posteriores permiten esbozar el contexto intelectual en el que se desarrolló su pensamiento. Parménides no ingresó a una institución formal con muros y horarios, sino a un ámbito de discusión filosófica donde se gestaba un giro radical en la manera de concebir la realidad. Fue en ese entorno, probablemente influido por pensadores como Jenófanes y en diálogo con discípulos como Zenón, donde Parménides comenzó a forjar su doctrina del Ser.

Aunque ya se ha mencionado el papel de Ameinias en la formación de Parménides, esta influencia también es confirmada por Diógenes Laercio, quien afirma, retomado por Carlos García Gual (2007): “se asoció también, según refiere Sócion, a Ameinias, el hijo de Dioquetas el pitagórico, que era hombre pobre, pero de noble conducta “(p.466). Esto indica que su tránsito

hacia la filosofía fue también una transformación personal y espiritual, más allá de una simple afiliación escolar. En este ambiente de búsqueda y ruptura con las opiniones comunes (δόξα), se sentaron las bases de una ontología que marcaría un antes y un después en la historia del pensamiento.

Antes de adentrarse en la especificidad de la escuela de Elea, resulta indispensable comprender el contexto intelectual más amplio del cual emergió el pensamiento de Parménides. La filosofía occidental tiene sus raíces en las colonias griegas de Asia Menor, donde los primeros pensadores comenzaron a interrogarse sobre el origen y la estructura del universo, dejando atrás las explicaciones míticas. Este movimiento fue caracterizado por Aristóteles como el de los physikoí, es decir aquellos que centraron sus investigaciones en torno a la physis. Tal como lo expone Francisco Araújo (2010):

O pensamento filosófico ocidental tem sua origem nas colônias fundadas pelos gregos na região da Jônia nos séculos VI e V a.C. Foi nessa região que surgiram os primeiros pensadores que procuraram respostas aos enigmas da natureza do universo. Por isso, Aristóteles na *Metafísica* (I, 3, 983 b- 984b1-23) chamou esses primeiros pensadores gregos de physikoí, pois teriam concentrado suas investigações em torno da phýsis.

Segundo a concepção dos gregos antigos, o termo phýsis contempla tanto os aspectos relacionados à natureza material quanto à natureza psíquica. Gerd Bomheim, na introdução do livro *Os filósofos pré-socráticos* (2007, p. 11-14) expõe os três aspectos atribuídos ao termo: no primeiro, a phýsis pressupõe “tudo aquilo que vem a ser” (2007, p. 12), se abre, emerge, é o desabrochar de si próprio, sendo considerado o princípio de tudo o que vem a ser; no segundo, phýsis também pressupõe o psíquico, ou seja, tudo aquilo que é inteligível, espiritual, etc.; e, no

terceiro, a phýsis “[...] compreende a totalidade de tudo o que é” (2007, p.13), a saber, tudo o que existe no universo e o que acontece nos âmbitos do humano e do divino. (p. 8)

Este trasfondo permite comprender el impulso originario que dio lugar a la reflexión filosófica y, al mismo tiempo, proporciona el marco necesario para evaluar el surgimiento de nuevas propuestas, como la que más adelante desarrollará la escuela de Elea. Es justamente desde este horizonte que Parménides planteará una ruptura radical con la noción tradicional de phýsis, proponiendo en su lugar una ontología del Ser caracterizada por la permanencia, la Unidad y la Inmutabilidad.

Tal como se señaló en el primer capítulo, según la información proporcionada por poema de Ser, fragmentos (s.f): “Elea fue fundada por los Focenses de Alalia (en Córcega) al caer esta ciudad en poder de los Cartaginenses, en – 540. Fue fundada sobre la base de un pueblo ya existente, llamado Velia” (p.1). Ahora bien, en el presente apartado se abordará el origen de la escuela filosófica que nació en dicha ciudad y en la cual Parménides desarrolló su formación y pensamiento.

La fundación de la escuela de Elea marcó un giro decisivo en la historia del pensamiento presocrático. Establecida en el siglo V a.C, esta escuela filosófica se caracterizó por su énfasis en el estudio racional del Ser, en contraposición a las explicaciones sensoriales y mutables de la realidad defendida por los jonios. Parménides fue su máximo representante, pero también fue continuada por discípulos como Zenón y, posteriormente, Meliso. A diferencia de otras corrientes que se centraban en la pluralidad y el devenir, los Eleáticos defendieron la tesis de la unidad e inmutabilidad del Ser, inaugurando una ontología que sentaría las bases del pensamiento metafísico occidental. En este sentido, Barnes (2000) señala: “el sistema eleático se afirma con fuerza y también con claridad” (p. 219), lo cual evidencia la cohesión doctrinal y la firmeza con

la que Parménides y sus discípulos establecieron una alternativa radical al pensamiento cosmogónico precedente.

Así, más que una escuela en el sentido formal y organizado como lo sería más tarde la academia de Platón, la escuela de Elea puede ser comprendida como una corriente de pensamiento identificada por la coherencia doctrinal entre sus miembros, por su uso riguroso de la razón como instrumento filosófico, y por su insistente rechazo a la confianza en los sentidos como vía hacia la verdad.

Esta orientación radicalmente racionalista marcó una ruptura con las explicaciones naturalistas precedentes y sentó las bases para una nueva manera de concebir la realidad: no como devenir, sino como Ser absoluto, Eterno e Inmutable. En este horizonte intelectual se inscribe el pensamiento de Parménides, quien llevará estos principios a su máxima expresión ontológica y metafísica en su célebre poema sobre la naturaleza.

Más que una escuela formalizada con estructuras institucionales, como las que surgirían en épocas posteriores, la escuela de Elea debe entenderse como una comunidad filosófica articulada en torno a una doctrina común y una metodología compartida: el uso riguroso de la razón y la desconfianza hacia las percepciones sensibles como camino hacia la verdad. Esta actitud crítica frente a lo mutable y múltiple permitió consolidar una visión metafísica del Ser como realidad Única, Eterna e Inmutable. En este marco doctrinal se inscribe la propuesta de Parménides, quien llevo a su máximo coherencia el rechazo del devenir y la afirmación ontológica de lo permanente, fundando así uno de los pilares esenciales de la tradición filosófica occidental.

Esta concepción filosófica, articulada en torno a la afirmación del Ser y el rechazo de lo sensible como vía hacia la verdad, encuentra su máxima expresión en el poema de Parménides

sobre la naturaleza, donde se expone con fuerza la necesidad de un pensamiento racional que se aparte del error común de los mortales. En uno de los pasajes más significativos del texto retomado por Constantino Láscaris (s.f) se declara:

Es necesario decir y pensar que el ente permanece; pues es ser, mientras que la nada no es. Yo te ordeno que medites esto. Pues te prohíbo que indagues por este primer camino, pero también por aquél que los mortales no videntes fingen, bicéfalos; pues la incertidumbre en sus pechos dirige al extraviado pensamiento, llevados como sordos y ciegos, estupefactos, como gente irreflexiva; por ellos, llegar a ser y no ser se toman como lo mismo y no lo mismo, pues al andar del vulgo es regresivo. (pp. 21-22)

Este fragmento no solo sintetiza la radicalidad del pensamiento eleático, sino que también manifiesta su metodología: el uso de la razón como única guía legítima hacia el conocimiento verdadero. El rechazo de los sentidos y del camino de la opinión, así como la denuncia del pensamiento contradictorio de los “bicéfalos”, son rasgos distintivos que consolidan a la escuela de Elea como una corriente filosófica profundamente crítica y fundacional en la historia de la metafísica.

La consistencia filosófica del pensamiento eleático no quedó limitada a Parménides. Su doctrina fue continuada y defendida por figuras clave como Zenón de Elea y Meliso de Samos, quienes desempeñaron un papel fundamental en la consolidación y expansión del pensamiento ontológico iniciado en Elea.

Entre los discípulos de Parménides, Zenón de Elea ocupa un lugar destacado, no solo por su cercanía con el maestro, sino por la originalidad con que desarrolló y defendió las tesis eleáticas. Nacido también en Elea, hacía principios del siglo V a.C., Zenón fue considerado por la tradición como el protegido e incluso el hijo adoptivo de Parménides, lo cual revela la estrecha

relación filosófica y personal entre ambos. Su pensamiento se articula como una prolongación del sistema Parmenideo, pero también como una sofisticada estrategia dialéctica destinada a enfrentar las objeciones que la doctrina del Ser Único y Eterno podía suscitar.

A través de sus célebres aporías, Zenón desafía las nociones intuitivas de pluralidad y movimiento, demostrando, mediante la contradicción, la imposibilidad lógica de lo múltiple y del cambio. Con ello, no sólo refuerza el núcleo ontológico de la escuela eleática, sino que aporta una dimensión argumentativa que influirá profundamente en el desarrollo posterior de la lógica y la metafísica. En este sentido, Reale y Antiseri (1985) afirman:

Zenón afrontó decididamente las refutaciones elaboradas por los adversarios y los intentos de ridiculizar a Parménides. El procedimiento que utilizó consistía en demostrar que las consecuencias derivadas de los argumentos aducidos para refutar a Parménides eran aún más contradictorias y ridículos que las tesis que pretendían rechazar. Zenón, pues, descubrió la refutación de la refutación, es decir, la demostración mediante lo absurdo. Mostrando lo absurdo de las tesis que se le oponían, defendía el eleatismo. Zenón fundó así el método dialéctico y lo utilizó con tal habilidad que los antiguos quedaban maravillados. (p. 60)

La contribución de Zenón al pensamiento eleático no se limita a la defensa de la doctrina de Parménides, sino que introduce una dimensión argumentativa innovadora que marcará profundamente el devenir de la filosofía. Su uso de la demostración por el absurdo no solo refuerza las tesis eleáticas, sino que inaugura un método que influirá en Sócrates, Platón y la tradición lógica posterior. Nuevamente Reale y Antiseri (1985) afirman: “muy lejos de ser sofismas vacuos, estos argumentos constituyen una poderosa rebelión del logos, que pone en tela de juicio la experiencia misma, proclamando la omnipotencia de sus propias leyes” (p. 60).

Con Zenón, el eleatismo no solo se consolida como una escuela coherente, sino también como una corriente capaz de articularse dialécticamente frente a las críticas. Esta línea será prolongada, aunque con matices propios, por Meliso de Samos, quien desde una perspectiva distinta aportará nuevos elementos al edificio ontológico inaugurado por Parménides.

Al respecto Román (1994) afirma: “formular y justificar algunas proposiciones sobre Meliso lleva inevitablemente al encuentro de Parménides” (p. 179). Esta afirmación resume con claridad el lugar que ocupa Meliso de Samos dentro del pensamiento eleático. Aunque no fue discípulo directo de Parménides ni vivió en Elea, Meliso adoptó y desarrolló las tesis fundamentales del eleatismo, otorgándoles una nueva formulación desde su propio contexto jónico.

Su obra, de la que solo se conservan fragmentos, muestra un esfuerzo sistemático por reforzar la idea de un Ser Único, Eterno e Inmutable, pero con acentos y argumentos que difieren parcialmente de los empleados por Parménides y Zenón. Por ello, su figura resulta indispensable para comprender la proyección y adaptación de la doctrina eleática más allá de su núcleo originario.

A diferencia de Parménides, quien concibe al Ser como finito en su expresión- cerrado como una esfera perfecta-, Meliso sostiene que el Ser es infinito. Su razonamiento parte de la idea de que, si el Ser no tiene principio ni fin en el tiempo, tampoco debe tener límites espaciales. Esta tesis implica un giro importante dentro del eleatismo, pues introduce la noción de inmensidad del Ser, en contraste con la finitud Parmenídea. Además, Meliso insiste en que el Ser no solo es Eterno e Inmutable, sino también incorporeal, negando explícitamente toda posibilidad de cambio o alteración, incluso por mínima que sea. Mientras que Parménides

expone sus tesis a través de un poema filosófico en clave simbólica, Meliso adopta un estilo más directo y argumentativo, acorde con el racionalismo jónico.

Estas diferencias muestran cómo, aunque fiel a los principios fundamentales del eleatismo, Meliso aporta una reformulación crítica que extiende y consolida el legado ontológico iniciado en Elea. En consonancia con estas diferencias frente a Parménides, Diógenes Laercio, en una versión comentada por García (2007), recoge las ideas fundamentales de Meliso: “todo es infinito, inmutable, inmóvil, único e idéntico a sí mismo y lleno. Que el movimiento no es real, aunque parece serlo. Por otra parte, decía que sobre los dioses no hay afirmaciones, pues no hay conocimiento de ellos” (p. 468).

El pensamiento eleático puede entenderse como un tríptico filosófico conformado por Parménides, Zenón de Elea y Meliso de Samos. Cada uno de estos pensadores, desde distintos enfoques y estilos, contribuyó a construir un sistema ontológico que desafía la percepción sensible y sostiene la existencia de un Único Ser Eterno e Inmutable. Parménides establece las bases metafísicas; Zenón desarrolla una defensa lógica mediante aporías, y Meliso aporta una interpretación racional e innovadora al concebir al Ser como infinito e incorpóreo. En conjunto, sus aportes configuran la estructura fundamental de la escuela eleática, una corriente que marcó un hito en la historia del pensamiento occidental. Como afirma la enciclopedia Herder (2017):

Surgió la escuela eleática o escuela de Elea (ciudad de la Magna Grecia), cuyos representantes fundamentales (Parménides de Elea, Zenón de Elea y Meliso de Samos) desarrollaron un vigoroso pensamiento, en parte contrapuesto al de Heráclito, y en pugna con algunas tesis pitagóricas, que también incidiría directamente en Platón.

La figura de Meliso, aunque a menudo menos destacada que la de Parménides o Zenón, representa un eslabón clave en la consolidación y extensión del pensamiento eleático. Su

reinterpretación del Ser como infinito, inmóvil e incorpóreo demuestra que el eleatismo no fue una doctrina monolítica, sino un cuerpo filosófico en evolución, capaz de adaptarse y dialogar con otras tradiciones como la jónica.

Gracias a su claridad argumentativa y a su intento por sistematizar las intuiciones ontológicas de Parménides, Meliso contribuyó decisivamente a cimentar la metafísica del Ser como una categoría absoluta y excluyente del devenir. Con ello, no sólo completó el tríptico eleático junto a Parménides y Zenón, sino que dejó una huella duradera en la historia de la filosofía.

La formación filosófica de Parménides no sólo revela la riqueza de su contexto intelectual, sino que permite comprender la profundidad y coherencia de su propuesta ontológica. La influencia de pensadores como Jenófanes, Zenón y Meliso no solo enriquece su pensamiento, sino que también configura un marco desde el cual su doctrina del Ser adquiere una solidez conceptual sin precedentes.

Esta reflexión sintetiza con claridad el legado más profundo de la formación filosófica de Parménides. Su doctrina no se limita a una intuición ontológica, sino que erige una verdadera metodología del pensar. En la visión Parmenídea, razón y Ser se encuentran indisolublemente unidos: conocer lo que es implica un ejercicio riguroso del pensar, que descarta el engaño de los sentidos y se dirige hacia la verdad necesaria.

Así, con Parménides, la filosofía antigua da un giro decisivo hacia la abstracción racional, fundando lo que posteriormente se entenderá como una ciencia del Ser. Como lo expresa Francisco Araújo (2010):

Na filosofia parmenídica, a razão é determinante na compreensão das coisas, uma vez que o pensar desvela a verdade daquilo que é. Com Parmênides, a filosofia antiga abre uma nova

abordagem, possibilitando conseqüentemente uma especulação racional abstrata, desenhando assim uma ciência do ser.

Assim sendo, Parmênides privilegia o exercício da razão para demonstrar a verdade das coisas. Com um método rigoroso define o pensar como elemento primordial da especulação filosófica, engendrando o ser, o pensar e o dizer numa conexão necessária para definir aquilo que é. (p. 24)

Esta cimentación filosófica, lejos de agotarse en su tiempo, dejó una impronta duradera que trascenderá generaciones. En el siguiente capítulo, se analizará como la propuesta Parmenídea fue acogida, reinterpretada y debatida por las grandes figuras de la filosofía antigua, revelando así su relevancia en el tejido histórico del pensamiento metafísico occidental.

Relevancia Filosófica: Recepción y Legado de Parménides

El pensamiento de Parménides no se agota en su formulación originaria ni permanece confinado a la filosofía presocrática. Por el contrario, su concepción del Ser como Única realidad, Eterna, Inmutable y necesaria, dejó una huella indeleble en la tradición filosófica occidental. Este capítulo tiene como objetivo analizar la recepción y el legado de su doctrina, evidenciando como su propuesta ontológica fue acogida, discutida, reinterpretada y, en muchos casos, integrada a sistemas filosóficos posteriores.

Desde Platón y Aristóteles hasta corrientes neoplatónicas y discusiones contemporáneas, la influencia de Parménides ha sido constante, aunque diversa en su forma y profundidad. Su pensamiento provocó una reorientación decisiva en la manera de concebir la realidad, el conocimiento y la verdad, lo cual generó desarrollos tanto en el ámbito metafísico como en el epistemológico.

No obstante, antes de abordar el impacto de su filosofía en otros pensadores, resulta fundamental examinar el núcleo originario de su propuesta ontológica tal como aparece formulado en su poema *Sobre la naturaleza*. Esta obra no solo constituye la fuente principal del pensamiento parmenídeo, sino que también condensa de forma poética y racional los principios que darán lugar a todo un paradigma filosófico.

El capítulo se enfocará, por tanto, en cuatro líneas grandes de análisis: una primera sección dedicada al estudio del poema doctrinal como base de su ontología; seguida por la incorporación del pensamiento parmenídeo en el sistema platónico y su crítica en Aristóteles; luego, el impacto de su doctrina en la filosofía tardoantigua y medieval; y finalmente, las interpretaciones modernas y contemporáneas que han puesto de relieve la vigencia y complejidad de su legado.

Dado el carácter extenso y plural de las recepciones históricas del pensamiento Parmenídeo, este capítulo se presentará estructurado por secciones temáticas que facilitarán una lectura más clara y ordenada. Esta modalidad, distinta a la de los capítulos anteriores que fueron desarrollados de manera continua, responde a la necesidad de abordar con mayor precisión las diversas fases y enfoques de la influencia filosófica de Parménides.

El Fundamento Ontológico del Legado Parmenídeo

Hablar de la relevancia filosófica de Parménides exige volver a la raíz misma de su pensamiento: el poema doctrinal en el que plasma su visión radical del Ser. Lejos de constituir un mero vestigio arcaico, el poema *Sobre la naturaleza* representa una de las formulaciones más potentes y sistemáticas del pensamiento ontológico en la filosofía occidental. En él, Parménides propone una vía de acceso a la verdad que no depende de la percepción sensible ni de las opiniones comunes, sino de una razón que capta la necesidad del Ser como única realidad posible.

Este punto de partida no es simplemente cronológico, sino estructural: toda recepción filosófica posterior ya sea de acogida, de reelaboración o de oposición se origina en la doctrina expuesta en ese poema. Por tanto, comenzar el análisis del legado parmenídeo desde su texto fundacional no sólo respeta la lógica de su pensamiento, sino que permite comprender mejor las múltiples interpretaciones que ha suscitado.

Así, en el siguiente apartado, se explorará el contenido esencial del poema, atendiendo a su estructura, a la distinción entre las vías del Ser y del no-Ser, y al alcance metafísico de su afirmación más celebre: el Ser es y el no-Ser no es; así como lo afirma él mismo retomado por Patricio de Azcárate (1871):

Cuando se nombra lo Uno, ya se le atribuya al Ser o ya el no-Ser, se habla por el pronto de una cosa, que puede ser conocida, y además que difiere de las otras. Porque para decir que

una cosa no existe, no es menos necesario conocer su naturaleza, y que ella difiere de las otras.
(p. 254)

Esta composición filosófica se convirtió en el eje de una ontología que negaba toda posibilidad de generación, corrupción o multiplicidad real. Esta postura extrema provocó diversas reacciones en la tradición filosófica, desde la reinterpretación de Platón hasta los intentos de conciliación como el de Empédocles, quien, conserva la premisa de que algo no puede nacer del no-Ser ni perecer en él, reintroduce el valor de los sentidos y el cambio como elementos validos del conocimiento, conforme a ello Empédocles afirma retomado por Alberto Bernabé (1998):

Empédocles muestra con respecto a Parménides una actitud de conciliación de los datos de los sentidos (que se reputan como fiables en el fr.5) con las premisas eleáticas. Así, niega la posibilidad de que algo nazca del no-Ser o de que el Ser perezca (fr.9), la existencia del vacío o de gradaciones del Ser (fr.10), es decir, que pueda haber crecimiento o disminución de lo que existe y la posibilidad de nacimiento y muerte de lo que es. (p. 184)

El Poema de Parménides: La Vía de la Verdad Como Fundamento Ontológico

El núcleo filosófico del pensamiento de Parménides se encuentra plasmado en su único escrito conocido: el poema *Sobre la naturaleza*, cuyo contenido ha llegado hasta nosotros en fragmentos conservados por la tradición doxográfica. Esta obra, redactada en verso hexámetro, conjuga el lenguaje mítico con la argumentación racional, presentando una estructura dual que distingue entre dos caminos posibles para el pensamiento: la vía de la verdad (alétheia) y la vía de la opinión (doxa).

En este contexto, el poema no solo establece las bases de una ontología rigurosa, sino que inaugura un giro decisivo en la historia de la filosofía al afirmar que el Ser es Uno, Inmóvil e Inmutable, y que solo este puede ser pensado y dicho con verdad. La fuerza de esta formulación

no radica únicamente en su contenido doctrinal, sino en la manera como delimita el campo mismo del pensamiento filosófico: aquello que no es, no puede ni pensarse ni decirse.

Así, la obra de Parménides se erige como un parteaguas en la tradición griega, ofreciendo un fundamento que marcará profundamente tanto a sus sucesores inmediatos como a los desarrollos metafísicos posteriores.

La apertura del poema parmenídeo está marcada por una escena simbólica: el viaje del joven que, guiado por las yeguas del sol, es conducido por las doncellas de la luz hasta la presencia de una diosa, así como lo afirma Parménides en el comienzo del primer fragmento en el poema de Ser, fragmentos (s.f):

Los corceles me arrastran, tan lejos como el ánimo anhela me llevaron. Y una vez que en el renombrado camino de la diosa me hubieran puesto, que lleva al varón sapiente a través de los poblados, por allí me condujeron. Por allí me llevaban los hábiles corceles tirando del carruaje; las doncellas indicaban el camino. (p. 2)

Esta figura divina le revela las dos vías que puede seguir el pensamiento. La del Ser, que es y no puede no ser, y la del no-Ser, que no es y, por tanto, no puede ser conocido ni expresado. Esta segunda vía es descartada de inmediato, pues implica caer en la ilusión y el error. Es así como le expresa la diosa a Parménides en poema de Ser, fragmentos (s.f):

Pues bien, yo te diré- cuida tu de la palabra escuchada- las únicas vías de indagación que se echan de ver. La primera, que es y que no es posible no ser, de persuasión es sendero (pues a la verdad sigue). La otra, que es y no es necesario no ser, un sendero, te digo, enteramente impracticable. Pues no conocerías lo no ente (no es hacedero) ni decirlo podrías en palabras. (p. 2)

Esta sentencia inaugural delimita el campo ontológico del pensamiento: solo lo que es puede ser pensado y dicho con verdad. Toda afirmación sobre el no-Ser conduce necesariamente a la contradicción, lo que obliga a una ontología estrictamente afirmativa y unívoca.

A partir del célebre fragmento 8, Parménides expone de forma más sistemática las propiedades esenciales del Ser, es decir, aquello que verdaderamente es y que puede ser pensado y dicho. Este Ser es inengendrado, impermutable, Eterno, Único, Completo, Continuo y Homogéneo.

Cada una de estas características no responde a una descripción empírica, sino a una necesidad racional: si el Ser pudiera cambiar, dividirse o dejar de ser, entonces implicaría alguna forma de no-Ser, lo cual es lógicamente inadmisibile. Parménides no construye su ontología sobre una observación del mundo sensible, sino desde una lógica del pensamiento que no tolera contradicción.

Este punto es crucial: el camino de la verdad no se basa en las apariencias, sino en la coherencia del logos, del pensamiento racional. Sólo aquello que no se contradice puede ser pensado con verdad. De ahí que el poema eleve el pensar (noein) a una dimensión ontológica: pensar y ser son lo mismo (fr. 3 y 8). En palabras de Parménides retomado por Alfonso Gómez Lobo (1985):

ταὐτὸν δ' ἐστὶ νοεῖν τε καὶ οὐνεκεν ἔστι νόημα. οὐ γὰρ ἄνευ τοῦ ἐόντος, ἐν ᾧ πεφρατισμένον ἐστίν, εὐρήσεις τὸ νοεῖν· οὐδὲν γὰρ <ἦ> ἔστιν ἢ ἔσται ἄλλο πάρεξ τοῦ ἐόντος, ἐπεὶ τό γε Μοῖρ' ἐπέδησεν οὐλον ἀκίνητόν τ' ἔμειναι τῷ πάντ' ὄνομ(α) ἔσται. (p. 19)

A partir de esta afirmación, Parménides construye una ontología de lo plenamente afirmativo: el Ser no tiene causa ni origen, ni principio ni fin, pues su ser es necesario y eterno. Todo lo que implique multiplicidad, cambio, vacío o tiempo pertenece al ámbito del no-Ser, es

decir, al plano de la doxa y de la ilusión aparente, es decir, de las opiniones humanas erradas que intentan describir el mundo desde las apariencias.

Así, la ontología de Parménides es también una epistemología, donde el lenguaje (*logos*) no puede separarse del Ser. El pensamiento que dice la verdad no puede sino seguir el camino del Ser; toda desviación hacia la contradicción queda fuera del dominio del conocimiento. Esta es una radicalización de la racionalidad que marcará profundamente a la metafísica occidental, especialmente en autores como Platón y Aristóteles.

Tras trazar el camino de la verdad con rigor lógico, Parménides introduce la segunda vía: la del no-Ser o de la opinión engañosa (doxa). A diferencia del Ser, que es Uno e Inmutable, la doxa está ligada a la apariencia, a la percepción sensible y al lenguaje común de los mortales. Es el discurso del error, pero no por ello carece de importancia en el poema: la diosa le expone a Parménides esta vía para mostrarle cómo los humanos construyen representaciones ilusorias de la realidad.

Esta parte del poema posee un carácter cosmológico. Aquí, el universo se describe con base en una dualidad aparente: la luz y la noche, lo cálido y lo frío, lo denso y lo sutil. Aunque estos principios puedan parecer opuestos, en realidad son formas falaces de hablar acerca de lo que es, ya que introducen distinciones que el pensamiento riguroso había ya descartado.

Parménides lo expresa en la conclusión del octavo fragmento en poema de Ser, fragmentos (s.f):

Acordaron dar forma a dos formas, para ambas una sola no es necesario, en lo que errados están. Separen los contrarios por su hechura y pusieron señales que los apartan entre sí, aquí de la llama fuego etéreo, benigno, livianísimo, a sí mismo en todas partes idéntico, a lo otro no idéntico. Más bien aquello que se le opone. oscura noche, de espesos y pesados trazos. Toda esta aparente ordenación te expongo para que ningún juicio de mortales te sobrepase. (p. 4)

En este pasaje se hace evidente que los sentidos y el lenguaje común dividen el Ser en opuestos que no existen en sí mismos, sino que son proyecciones engañosas. La doxa opera, entonces, en un plano de simulacro: se refiere a lo que parece ser, no a lo que verdaderamente es.

Esta sección del poema puede entenderse como una crítica anticipada a las cosmologías presocráticas que explicaban el mundo por principios materiales múltiples postulados por los físicos jónicos, como el agua, el aire o el fuego.

En el inicio del poema, la figura de la diosa desempeña un papel central como mediadora del saber filosófico. Ella no representa simplemente una deidad mitológica, sino que encarna la voz de la verdad revelada que instruye al joven buscador en el camino correcto del pensamiento. Parménides, al situar la enseñanza ontológica en boca de una figura divina, sugiere que el acceso al Ser no proviene de la experiencia sensible ni del saber común, sino de una instancia superior que trasciende lo humano y que revela lo que es necesario y eterno.

El carácter didáctico de la diosa se manifiesta en el momento en el que le advierte al joven sobre las únicas sendas legítimas para el pensamiento, estableciendo con claridad los límites de lo pensable, así como lo retoma Constantino Láscaris (s.f):

Es necesario que oigas todo, tanto la entraña inmóvil de la verdad bien redonda, como las opiniones de los mortales, en las cuales no hay creencia verdadera: pues también aprenderás esto: como las apariencias es necesario que aparentemente sean, penetrando todas por todo. (p. 32)

Esta enseñanza revelada no implica un dogmatismo religioso, sino una forma simbólica de presentar la autoridad del logos, encarnada en una figura que posee la visión plena de lo real. La diosa instruye, guía, y traza el límite entre la vía segura del Ser y el sendero erróneo de la doxa. Así, ella no sólo transmite un saber, sino que instituye el marco ontológico y

epistemológico en el que ese saber puede tener lugar. Su presencia marca, en suma, el nacimiento del pensamiento filosófico como revelación racional.

El comienzo del poema de Parménides está cargado de un simbolismo profundo que trasciende lo meramente narrativo. EL viaje del joven en su carro tirado por corceles, guiado por las hijas del sol hasta la presencia de la diosa, no debe entenderse como una travesía física, sino como una alegoría del ascenso del alma hacia el conocimiento verdadero. El tránsito desde el mundo ordinario hacia el recinto iluminado donde habita la diosa representa el plano pleno de la doxa la opinión engañosa hacia el de la alétheia la verdad revelada. Así, el viaje es símbolo del despertar filosófico, del tránsito desde la ignorancia hacia la comprensión racional de lo que es.

La luz, por su parte, juega un papel clave como metáfora del conocimiento. En la tradición griega, la luz está asociada al despertar, a la visión clara y a la inteligibilidad; su contracara, la noche, es signo de confusión, error y apariencia. En el poema, la joven figura es llevada por las hijas del sol, las cuales abren las puertas del día y de la noche, permitiéndole al joven cruzar el umbral hacia la verdad. EL fragmento inicial del poema lo expresa de esta manera, nuevamente retomado por Constantino Láscaris (s.f):

Las yeguas, que me llevan tan lejos como por su arrojón son capaces, me conducían cuando me subían por el renombrado camino al que guía la demonia, que al iluminado vidente lleva por todo lo invisible; por allí era llevado, pues allí me llevaban las hábiles yeguas que tiraban del carro, mientras las doncellas abrían el camino.

El eje en los cubos soltaba un silbido al arder (pues lo empujaban las dobles redondas ruedas de ambos lados), cuando apresuraron la marcha las doncellas Helíadas, pasando de la casa de la noche hacia la luz, retirando de las cabezas con la mano los velos. (pp. 29 y 31)

La imagen del eje que silba como una flauta mientras el carro corre hacia la luz refuerza el carácter iniciático de este trayecto: se trata del ingreso a una esfera superior del saber, en la que se deja atrás el mundo de las sombras para alcanzar la claridad del Ser.

Parménides sitúa, pues, el origen del conocimiento verdadero en una experiencia de ruptura con lo inmediato, una especie de revelación racional simbolizada por la luz y el camino abierto por la divinidad.

Uno de los núcleos más radicales del pensamiento de Parménides se encuentra en la crítica implícita a la percepción sensible como vía de acceso al conocimiento. A lo largo del poema, queda claro que los sentidos engañan, pues están ligados al mundo de la apariencia, el cambio y la multiplicidad. Parménides no se detiene a refutar empíricamente las ilusiones de los sentidos, sino que los descarta desde el plano lógico-ontológico: lo que es, es, y no puede no ser, todo lo que implique devenir, contradicción o multiplicidad pertenece al plano del no-Ser y, por tanto, no puede ser pensado ni dicho con verdad.

Esta crítica se dirige, aunque implícitamente, contra las concepciones cosmológicas de los pensadores jónicos, quienes explicaban el mundo mediante principios materiales captables por los sentidos. Parménides, en cambio, exige que el conocimiento verdadero no dependa de lo mutable ni de lo perceptible, sino que se basa en la razón pura que piensa lo que es. Cómo advierte la diosa en poema de Ser, fragmentos (s.f):

Pues nunca esto dominarás: ser los no entes. Aparta tú el pensamiento de esta vía de indagación, ni la costumbre multiexperta te fuerce por ella a agitar el ojo sin vista y el oído retumbante y la lengua; más discierne con el logos el polémico reproche por mí expresado. (p. 3)

Este fragmento condensa el rechazo parmenídeo a toda forma de conocimiento empírico. El ojo “sin vista”, el oído “retumbante” y la lengua que articula lo mutable, son presentados

como órganos de una ilusión persistente. En oposición, se alza la razón bien probadora, único criterio legítimo para el conocimiento. La enseñanza que se desprende es radical: el pensar verdadero no puede apoyarse en el testimonio de los sentidos, sino que debe mantenerse fiel a las exigencias del ser.

Uno de los aportes más innovadores de Parménides al pensamiento occidental radica en la estrecha vinculación que establece entre el lenguaje, el pensamiento y el Ser. Para él, lo que puede ser dicho (*legesthai*) y lo que puede ser pensado (*noein*) deben necesariamente coincidir con lo que es (*einai*). Esto implica que el lenguaje no es simplemente un instrumento neutral, sino un límite estructural del pensamiento mismo. En otras palabras, no es posible pensar o decir algo que no es, ya que tal afirmación sería ontológicamente vacía y contradictoria.

La radicalidad de esta tesis se expresa en una fórmula que marcará el rumbo de toda la metafísica posterior: “lo mismo es pensar y ser”. Esta afirmación implica que el lenguaje y el pensamiento no pueden ir más allá del Ser, es decir, no tienen sentido cuando pretenden referirse a lo inexistente.

Esta referencia a lo inexistente no debe entenderse como algo simplemente ausente o desconocido, sino como aquello que, según Parménides, no puede ser en absoluto. Intentar pensar o hablar sobre el no-Ser equivale a intentar pensar lo impensable, decir lo indecible, pues lo que no es no tiene ni realidad ni sentido. Por tanto, el lenguaje y el pensamiento solo tienen legitimidad cuando se ajustan al Ser, único dominio verdadero del decir y del conocer.

Así, Parménides instituye una lógica del ser que excluye toda ambigüedad: no hay más que un solo ámbito legítimo para el pensar y el decir, y es el Ser Uno, Eterno e Inmutable. Este principio queda claramente expuesto en uno de los fragmentos más célebres del poema,

retomado por Gómez (1985): “οὔτε γὰρ ἂν γνοίης τό γε μὴ ἔδν (οὐ γὰρ ἀνυστόν) οὔτε φράσαις. τὸ γὰρ αὐτὸ νοεῖν ἐστίν τε καὶ εἶναι” (pp.7-8).

La brevedad y contundencia de esta sentencia concentra toda la ontología parmenídea en una fórmula inseparable: solo lo que es puede ser pensado y dicho. Cualquier intento de referirse a lo que no es como posibilidad lógica o como percepción cambiante queda fuera del dominio del discurso legítimo. Con esto, Parménides impone una exigencia sin precedentes: que el pensamiento se someta al Ser, y que el lenguaje no traspase el límite de lo pensable.

El recorrido por el poema de Parménides ha permitido vislumbrar la profundidad de una ontología que inaugura, con una radicalidad sin precedentes, la necesidad de un pensar anclado en el Ser. La crítica a la percepción sensible, el simbolismo del viaje hacia la luz y la identificación entre el pensar y el ser configuran una vía de acceso a la verdad que excluye el devenir, la multiplicidad y toda forma de no-Ser. Esta concepción, que restringe el lenguaje y el pensamiento al ámbito de lo plenamente existente, marca una inflexión decisiva en la historia de la filosofía, al establecer una lógica del ser que condicionará los futuros intentos por pensar la realidad. Sin embargo, esta misma rigidez ontológica despertará respuestas y formulaciones dentro de la tradición filosófica posterior.

En efecto, el pensamiento platónico, aunque profundamente influenciado por la visión parmenídea, se enfrentará al desafío de integrar la experiencia del cambio y la multiplicidad sin renunciar al ideal de verdad. Esta tensión dará lugar a una dialéctica más compleja, en la que el no-Ser ya no será simplemente rechazado, sino tematizado como posibilidad de discurso y de pensamiento. El siguiente apartado abordará precisamente esta afirmación conceptual, centrada en el tratamiento que Platón da al no-Ser como categoría filosófica legítima.

Esta exigencia extrema de Parménides será retomada, reinterpretada o incluso desafiada por autores posteriores, que intentarán mantener la vigencia del Ser sin renunciar a la pluralidad del mundo ni al devenir como experiencia inevitable de lo real. En lo que sigue, se examinará como Platón afronta esta tensión en el corazón mismo de su metafísica.

La Teoría de las Ideas Como Relectura del Ser

Tras la formulación radical del Ser como uno, Eterno e Inmutable en el pensamiento de Parménides, la filosofía platónica inaugura un giro que, sin romper con ese legado, lo transforma profundamente. Platón reconoce la exigencia de una realidad inteligible y permanente, pero lo proyecta hacia una metafísica que admite la multiplicidad sin sacrificar la verdad. En este contexto, la teoría de las ideas surge como una relectura crítica y fecunda del Ser parmenídeo.

La teoría de las ideas representa uno de los momentos más significativos en la transformación que Platón realiza del pensamiento de Parménides. Si bien el filósofo de Elea afirma que el Ser es Uno, Eterno e Inmutable, negando toda forma de devenir o multiplicidad, Platón reelabora esta ontología para dar cuenta no solo de la unidad del Ser, sino también de la diversidad del mundo sensible. En este sentido, las ideas o formas Platónicas funcionan como entidades inteligibles, eternas e inmutables, que garantizan la estabilidad ontológica del conocimiento, pero sin excluir la existencia de lo múltiple y lo cambiante en el plano fenoménico.

A través de esta teoría, Platón conserva el núcleo del pensamiento parmenídeo: la necesidad de una realidad verdadera, permanente y accesible solo por la razón. Sin embargo, proyecta este principio hacia una arquitectura metafísica que hace posible pensar una pluralidad de seres verdaderos. Las ideas son, en efecto, múltiples, pero comparten los rasgos esenciales del Ser Parmenídeo: no cambian, no devienen y son objeto del pensamiento puro. En oposición al mundo sensible, que participa de estas ideas sin llegar a igualarlas, Platón introduce una

ontología escalonada, donde el Ser ya no se identifica con una única entidad, sino con un conjunto jerárquico de realidades que fundamentan el conocimiento y la experiencia.

Esta relación entre lo inteligible, lo permanente y lo verdadero queda bellamente expresada por Platón en el libro VII de La república, y retomado por Conrado Eggers (1998) al presentar la Idea del Bien como fundamento último de la realidad:

Comparando la región que se manifiesta por medio de la vista con la morada-prisión, y la luz del fuego que hay en ella con el poder del sol; compara, por otro lado, el ascenso y contemplación de las cosas de arriba con el camino del alma hacia el ámbito inteligible, y no te equivocarás en cuanto a lo que estoy esperando, y que es lo que deseas oír. Dios sabe si esto es realmente cierto; en todo caso, lo que a mí me parece es que lo que dentro de lo cognoscible se ve al final y con dificultad, es la idea del Bien. Una vez percibida, ha de concluirse que es la causa de todas las cosas rectas y bellas, que en el ámbito visible ha engendrado la luz y al señor de esta, y que en el ámbito inteligible es señora y productora de la verdad y de la inteligencia, y que es necesario tenerla en vista para poder obrar con sabiduría tanto en lo privado como en lo público. (p. 342)

Esta relectura amplía el horizonte parmenídeo: en lugar de anular el devenir y la multiplicidad como meras ilusiones, Platón ofrece una mediación ontológica entre lo sensible y lo inteligible. Así, el Ser no queda reducido a una abstracción absoluta, sino que se manifiesta en las ideas como principio fundante del orden del cosmos y de la verdad racional. En esta línea, puede decirse que Platón transforma la ontología del Uno en una teoría de lo múltiple inteligible, lo cual implica una continuidad crítica con la herencia de Parménides.

En suma, la teoría de las ideas permite a Platón reelaborar la ontología parmenídea sin negarla, conservando la centralidad del Ser como principio absoluto, pero articulándola con una

pluralidad inteligible que da fundamento al conocimiento y al orden del mundo. Esta reformulación metafísica constituye solo una de las formas en que Platón dialoga con Parménides. Más allá de la estructura ontológica, el filósofo ateniense lleva esta herencia a terrenos más problemáticos, particularmente en el diálogo que lleva el nombre del pensador eleata, donde el método dialéctico somete a crítica las implicaciones lógicas de la unidad del Ser. Así, el paso del pensamiento ontológico a la dialéctica marca un nuevo momento en la recepción del legado parmenídeo.

La Dialéctica del No-Ser en Platón

Después de reconfigurar el Ser como una pluralidad inteligible, Platón da un paso más arriesgado: someter a examen la noción misma de no-Ser. En lugar de rechazarla como un contrasentido, como hizo Parménides, la convierte en un eje central de su reflexión ontológica. El diálogo *Sofista* será el escenario de esta relectura crítica.

Uno de los aportes más relevantes de Platón a la tradición filosófica occidental es su tratamiento del no-Ser, una noción que Parménides había excluido categóricamente por considerar pensar en lo que no es equivale a no pensar en absoluto. Sin embargo, Platón, especialmente en el diálogo *Sofista*, propone una relectura crítica que no niega la herencia parmenídea, sino que la transforma dialécticamente. En lugar de concebir el no-Ser como la nada absoluta, lo redefine como diferencia, es decir, como aquello que permite distinguir entre los entes y establecer relaciones lógicas entre ellos.

En este sentido, el no-Ser deja de ser una imposibilidad del pensamiento y se convierte en una condición para la inteligibilidad misma. Platón sugiere que el Ser, lejos de ser una unidad cerrada, participa de la multiplicidad, y que aquello que le falta el no-Ser no debe entenderse como una negación absoluta, sino como una diferencia necesaria. Esta intuición queda plasmada

en un pasaje revelador en las *Obras completas de Platón*, en la edición de Patricio de Azcárate (1871):

El Ser, cuando se mira de cerca, no es más fácil de entender que el no-Ser. Ciertos filósofos dicen, que el universo es uno, pero si el universo existe y es uno, el Ser y la unidad son una sola y misma cosa, y entonces ¿para qué dos nombres? Estos mismos filósofos dicen, que el todo no difiere de este Ser y de esta unidad, que se confunden. Pero un todo, teniendo partes, no es la unidad misma, sino que sólo participa de ella. Y si el Ser no es un todo, sino por participar de la unidad; y si el todo es alguna cosa, al Ser falta algo de sí mismo, y es el no-Ser. (p. 15)

Desde esta perspectiva, la dialéctica platónica no se reduce al exclusivo ascenso hacia lo inteligible, sino que también implica del reconocimiento de las diferencias que hacen posible la pluralidad del discurso. El no-Ser, entendido como diferencia, no destruye el principio de identidad, sino que lo enriquece, al mostrar que la alteridad es constitutiva del Ser mismo. En última instancia, Platón no niega la doctrina de Parménides, pero si la problematiza: introduce una ontología dinámica en la que el Ser no es únicamente lo que es, sino también aquello que se manifiesta en su relación con lo otro. Esta tensión entre la imposibilidad de hablar del no-Ser y la necesidad de hacerlo queda expresada en un pasaje profundamente revelador, nuevamente de las *Obras completas de Platón*, en la edición de Patricio de Azcárate (1871):

Y se puede, sin ofensa de la razón, admitir que el no-Ser es? He aquí ciertamente un punto de difícil decisión. En efecto, no se puede enunciar el no-Ser, puesto que, enunciándole, se le aplica a alguna cosa, y es consecuencia de su esencia el no poderse aplicar a nada. No se puede enunciar el no-Ser, puesto que, enunciándole, se le atribuye la unidad o la pluralidad: es decir, el número, es decir, algún Ser, y es una contradicción atribuir algo que es al no-Ser. Del no-Ser nada se puede decir. No está al alcance del pensamiento, ni del lenguaje, ni de las

palabras, ni del razonamiento. Y, sin embargo, ¡cosa extraña! En el instante mismo en que afirmamos que no se puede hablar del no-Ser, hablamos de él, y en el acto mismo, en el que no podemos atribuirle, ni el número, ni el Ser, le atribuimos el Ser y el número; de suerte que somos vencidos a despecho de nuestros esfuerzos en este combate del no-Ser. (p.p 14-15)

La solución platónica a la paradoja del no-Ser encuentra un desarrollo decisivo en la estructura ontológica tripartita que aparece en el Sofista, donde se distinguen tres principios fundamentales: el Ser, el no-Ser y la diferencia (τὸ ἕτερον). A diferencia de la visión rígida de Parménides, en la que el no-Ser carece de toda consistencia ontológica, Platón sostiene que el no-Ser es en cuanto diferente del Ser, no como su negación absoluta, sino como una modalidad relativa de existencia. Esta concepción abre el camino para una comprensión dinámica del logos, en la que la falsedad, la negación y la multiplicidad pueden pensarse sin incurrir en contradicción.

Sócrates, retomado por De Azcárate (1871) en la obra el Fedro afirma: “No sabemos que el Palámedes de Elea (1) hablaba con tanto arte, que representaba a sus oyentes las mismas cosas semejantes y desemejantes, simples y múltiples, en reposo y en movimiento” (pp. 315-316).

Palámedes no es un filósofo histórico, sino una figura mítica a la que Sócrates compara con Parménides para resaltar su habilidad en el uso del lenguaje. Estas afirmaciones revelan que el no-Ser no debe ser equiparado con la nada, sino entendido como una categoría relacional que posibilita la distinción, la negación y el pensamiento mismo. Al asumir que lo otro, como principio de diferenciación (τὸ ἕτερον), participa del Ser en tanto diferencia, Platón no sólo resuelve la paradoja eleática, sino que también amplía los horizontes del logos, haciendo posible una ontología capaz de dar cuenta de la pluralidad sin renunciar a la unidad del Ser.

En síntesis, la dialéctica del no-Ser en Platón representa una inflexión crucial en la trayectoria del pensamiento eleático: al reinterpretar el no-Ser como diferencia y no como negación absoluta, Platón inaugura una ontología relacional que sostiene la posibilidad del discurso, de la falsedad y del pensamiento complejo sin sacrificar la consistencia lógica. Esta visión transforma la estática parmenídea en una estructura dinámica en la que la multiplicidad y la alteridad no son amenazas, sino dimensiones constitutivas del Ser.

No obstante, la propuesta platónica no agota las posibilidades de pensar el Ser desde otras perspectivas. En este sentido, resulta esclarecedor contrastarla con la visión de Heráclito, quien concibe el Ser no desde la estabilidad, sino desde el devenir constante, proponiendo una ontología en la que la tensión y el cambio ocupan un lugar central. A esta visión nos dirigimos a continuación.

El Ser Como Devenir en Heráclito: Tensiones y Complementariedades

Heráclito de Éfeso ofrece una perspectiva ontológica radicalmente distinta a la de Parménides y Platón, al situar el devenir y el cambio en el corazón mismo del Ser. Para Heráclito, la realidad no es una entidad fija o estática, sino un flujo constante donde la identidad se sostiene precisamente en la tensión dinámica entre opuestos. Esta concepción dialéctica, expresada en su célebre aforismo “todo fluye” (πάντα ρεῖ), revela un Ser en perpetuo movimiento, donde la contradicción no es un defecto, sino una condición esencial de la existencia. Así, el Ser heraclíteo se entiende como un proceso activo y complementario de oposiciones, que permite pensar la realidad como un equilibrio inestable y creativo entre la unidad y la multiplicidad.

Desde esta lógica, Heráclito desarrolla una concepción del Ser como proceso continuo de transformación en el que los opuestos no se excluyen, sino que se requieren mutuamente para existir. Esta unidad de los contrarios no elimina la tensión entre ellos, sino que la convierte en el

principio constitutivo de la realidad. Lo que es, no permanece idéntico, sino que se define precisamente por su capacidad de devenir otro, de pasar a un estado a otro sin perder su identidad profunda.

En este sentido, el Ser heraclíteo no es un punto fijo ni una sustancia inmutable, sino una estructura dinámica que se sostiene en el flujo constante y en la articulación del conflicto. Esta concepción implica un *logos* que no busca su fundamento en la estabilidad, como en Parménides o en Platón, sino en el movimiento mismo como condición de posibilidad del orden y del conocimiento.

Esta concepción del Ser como tensión y equilibrio entre contrarios encuentra una formulación especialmente lúcida en la interpretación del cosmos como una totalidad regida por el *logos*, donde los opuestos no se destruyen, sino que se sostienen mutuamente en una lucha regulada. Heráclito lo expresa, según la interpretación del doctor Carlos Ibáñez Morino (2006) de manera paradigmática en el siguiente pasaje:

Cuando Heráclito habla de las cosas tomadas en conjunto se está refiriendo a los opuestos formando un todo continuo (día-noche, frío-calor). Estos opuestos no conviven, sin más, sino que luchan y se enfrentan entre sí. Lo que sucede es que en esa lucha ningún elemento acaba por imponerse y anular al otro, sino que es una lucha racional (lógos) en donde lo que prima es el orden, la proporción y la medida. En este sentido, cada uno de los opuestos podría expresarse, según Heráclito, en términos de dios ya que todos estos están impregnados por el rector de la armonía cósmica (lógos). En este sentido, Heráclito contrapone la visión sintética de las cosas por parte de la divinidad (para él no existe realmente la separación entre los opuestos) frente a la visión caótica de los humanos. Según Heráclito el mundo, como un todo, está, por tanto,

íntimamente conexionado, aunque esta conexión sea invisible y no se nos muestre a primera vista. (p. 10)

Este fragmento pone de manifiesto la concepción heraclítica de la realidad como un entramado de oposiciones que no se anulan entre sí, sino que se articulan constitutivamente a través de una tensión regulada por el *logos*. A diferencia de una visión dualista o conflictiva en sentido negativo, la lucha entre los contrarios es, para Heráclito, condición de posibilidad del equilibrio cósmico. En este marco, el Ser no puede pensarse sin el devenir, así como la armonía no puede concebirse sin la tensión que la origina y sostiene.

Heráclito no disuelve los opuestos en una unidad indiferenciada, como haría una lectura simplista del monismo, sino que postula una unidad dinámica en la que los contrarios se implican recíprocamente. La identidad del Ser, en esta perspectiva, no se construye desde la negación de la diferencia, sino desde su integración como momento constitutivo de lo real.

Esta concepción dinámica del Ser no implica un caos sin ley, sino un orden racional que se manifiesta en el flujo mismo de los acontecimientos. El *logos* heraclítico no es simplemente un principio ordenador externo, sino la estructura inteligible inmanente que se expresa en la transformación constante de la realidad. Por ello, la unidad no se alcanza suprimiendo la diferencia, sino a través de ella: el mundo es uno precisamente porque está compuesto por una pluralidad de tensiones que se equilibran en su oposición.

Esta visión desafía la metafísica estática al proponer que la estabilidad no es lo contrario del cambio, sino su resultado más profundo, y que el Ser no puede pensarse sin el movimiento que lo constituye, así como afirma Ibáñez (2006):

La existencia del cambio y del movimiento son ideas esenciales en el pensamiento de Heráclito. Ahora bien, el cambio no es algo caótico y sin sentido sino el fruto de la racionalidad

y el orden cósmicos. Si se analizan aquellos textos en donde Heráclito habla del movimiento, por ejemplo, de un río es de destacar que lo que prima no es el movimiento continuo del mismo sino la imagen de que la unidad y estabilidad del mismo (río) dependen de la regularidad del flujo de las aguas que lo forman. Con ello se quiere hacer ver, por un lado, que existe un equilibrio entre los constitutivos opuestos del mundo, y, por otro, que debería rechazarse la idea de que cada cosa se comporta individualmente como un río. Los objetos de la naturaleza, (una roca, una montaña, etc.) se nos presentan a los ojos como realidades momentáneamente estáticas. Ahora bien, según la teoría de la discordia de Heráclito, esos objetos acabarían por cambiar. Pero lo harán de una forma proporcional y equilibrada de tal modo que terminarán por contribuir a mantener el proceso armónico de los constitutivos del mundo. (pp. 11-12)

En síntesis, Heráclito ofrece una comprensión del Ser profundamente vinculada al devenir, en la que la unidad no se concibe como negación del cambio, sino como su resultado armónico. El logos no impone orden desde fuera, sino que es la racionalidad interna del conflicto mismo, donde los opuestos no se anulan, sino que se constituyen mutuamente. Frente a la ontología inmóvil de Parménides, Heráclito introduce una visión dinámica y estructurada del Ser, donde la estabilidad emerge del equilibrio de las tensiones.

Esta concepción será clave para corrientes posteriores que buscarán integrar el movimiento y la pluralidad en una instancia superior de unidad. Tal es el caso de Plotino, cuya propuesta neoplatónica reelabora el pensamiento de Parménides y de Platón a la luz de un principio supremo: el Uno.

En definitiva, el pensamiento de Heráclito representa una contracara fecunda del proyecto ontológico parmenídeo. Al afirmar que el Ser no se agota en la inmutabilidad, sino que se despliega como un devenir ordenado por el logos, Heráclito amplía el horizonte del pensar

filosófico más allá del ser estático. Su ontología del cambio introduce una visión dinámica de la realidad, en la que la unidad no niega la pluralidad, sino que se constituye a partir de ella. Esta perspectiva no cancela la contribución de Parménides, sino que la tensiona creativamente, mostrando que el problema del Ser no puede resolverse sin integrar la diferencia, la oposición y el movimiento como dimensiones constitutivas de lo real.

Así, el diálogo entre Parménides y Heráclito, aunque tácito, se convierte en un punto axial para la evolución de la metafísica antigua, al poner en juego dos modos complementarios de entender la identidad y la permanencia: uno desde la plenitud del Ser como Uno, otro desde el dinamismo del Ser como devenir. Esta dualidad fecunda, que marcará a fuego la tradición filosófica occidental, servirá de base para posteriores intentos de síntesis, pero también abrirá la puerta a corrientes que, en lugar de asumir la herencia eleática, la cuestionarán de raíz. En esa dirección se orienta el capítulo siguiente.

A manera de síntesis de este capítulo, se ha examinado la recepción y la relevancia filosófica del pensamiento de Parménides en algunos de los hitos más significativos de la tradición metafísica antigua. Desde el análisis del poema doctrinal y su radical afirmación del Ser como inmutable, se mostró como dicha propuesta constituye un hito fundacional en la historia del pensamiento ontológico, al situar la razón (lógos) como única vía legítima hacia la verdad.

La influencia de esta tesis se evidenció en el pensamiento de Platón, quien reelabora el Ser Parmenídeo a través de la teoría de las ideas y, más profundamente, al desarrollar una dialéctica del no-Ser en el Sofista. Esta última permite superar la negación parmenídea del no-Ser, sin caer en contradicción, mediante una noción relacional de la diferencia. Platón, al acoger

y transformar el legado eleático, abre el camino para una metafísica más compleja, en la que la unidad del Ser no excluye la diversidad ni el pensamiento de la alteridad.

Por su parte, Heráclito ofrece una vía alternativa de comprensión del Ser, al situarlo en el devenir y la tensión de los contrarios. Frente a la estática eleática, su pensamiento afirma una identidad dinámica regida por el logos, en la que el cambio no destruye el orden, sino que lo constituye. Esta perspectiva complementa y problematiza la propuesta de Parménides, ofreciendo otra clave de lectura para entender la permanencia dentro del movimiento mismo.

En conjunto, el recorrido realizado ha permitido constatar que Parménides no sólo inaugura una problemática esencial en la historia de la filosofía, sino que provoca por su radicalidad múltiples replanteamientos y desarrollos. El Ser como principio de inteligibilidad y fundamento ontológico ha sido afirmado, reinterpretado o tensionado, dando lugar a una tradición que no cesa de dialogar con sus orígenes eleáticos.

A continuación, el capítulo cuarto se dirigirá hacia aquellas perspectivas que se distancian, o incluso se oponen frontalmente, a los postulados de Parménides. Desde enfoques más empiristas o materialistas, hasta críticas posteriores que cuestionan la unidad, la inmovilidad o la racionalidad absoluta del Ser, se explorarán las contracorrientes del pensamiento parmenídeo, con el fin de delimitar mejor el alcance, los límites y las posibilidades de su propuesta ontológica.

Contracorrientes del Ser: Oposiciones al Pensamiento de Parménides

El pensamiento de Parménides ha ejercido una influencia innegable en el desarrollo de la metafísica occidental. Sin embargo, su propuesta ontológica, centrada en un Ser Único, Eterno, Inmutable e Indivisible, no fue aceptada sin cuestionamientos. Desde la antigüedad, diversas voces filosóficas se han alzado en oposición a esta concepción estática del Ser, dando origen a corrientes del pensamiento que, sin negar el valor fundacional del eleata, introducen nuevos enfoques para comprender la realidad.

Este capítulo tiene como propósito examinar algunas de las principales oposiciones filosóficas al pensamiento parmenídeo, a partir de pensadores que han problematizado o reformulado su noción del Ser. Estas contracorrientes no solo representan un rechazo directo, sino que también constituyen alternativas teóricas que enriquecen el debate ontológico, permitiendo pensar la multiplicidad, el devenir, la alteridad y la finitud como dimensiones fundamentales del Ser.

A través del análisis de autores y tradiciones que tensionan la propuesta de Parménides ya sea desde una lógica del cambio, desde el escepticismo epistemológico, o desde nuevas perspectivas metafísicas se busca ofrecer una mirada crítica y plural sobre los límites y posibilidades del modelo eleático. Así, este capítulo pretende situar al lector ante el dinamismo del pensamiento filosófico, donde incluso las doctrinas más fundacionales son objeto de revisión, reformulación o superación.

En coherencia con la riqueza y diversidad de las posturas que serán examinadas, este capítulo se desarrollará mediante apartados temáticos numerados (4.1, 4.2, etc.), cada uno de los cuales incluirá a su vez subtemas específicos. A diferencia del capítulo anterior, donde se presentaron secciones continuas sin subdivisión interna, esta organización busca ofrecer una

mayor claridad expositiva, permitiendo profundizar con mayor detalle en las distintas dimensiones críticas que se oponen al modelo ontológico de Parménides.

La Crítica Sofística: Gorgias y la Disolución del Ser

La figura de Gorgias representa una ruptura radical frente a la ontología establecida por Parménides. Mientras que el pensador eleático postuló un Ser Absoluto, inmutable e idéntico a sí mismo, Gorgias como exponente del escepticismo sofístico, cuestionó no solo la existencia del Ser, sino también la posibilidad de conocerlo y comunicarlo. Su célebre tratado sobre lo que no es, o sobre la naturaleza constituye una parodia crítica de las tesis eleáticas, al sostener tres proposiciones provocadoras, así como lo afirma Ariza (2009) en la obra *Sobre el no-Ser*: “1. Nada es 2. Incluso si no es cognoscible 3. Incluso si no es cognoscible no es comunicable” (p.1).

Con esta formulación, Gorgias no solo niega la existencia de un Ser ontológicamente fundado, sino que introduce una desconfianza radical hacia la capacidad del lenguaje y del pensamiento para captar y expresar la realidad. A diferencia del logos como vía de acceso al Ser, tal como lo planteaba Parménides, el lenguaje en Gorgias aparece como un instrumento autónomo, desvinculado de cualquier realidad objetiva. En lugar de revelar la verdad del Ser, el discurso se convierte en un medio de persuasión, eficaz para producir efectos, pero carente de valor ontológico.

Esta postura no debe entenderse solamente como un nihilismo absoluto, sino como una crítica dirigida contra los supuestos metafísicos de la tradición eleática, Gorgias muestra, con rigor lógico, que toda afirmación ontológica conlleva una cadena de contradicciones, y que incluso la noción de existencia implica una presuposición que no puede demostrarse racionalmente sin caer en un círculo vicioso. En este sentido, su pensamiento marca una transición desde la metafísica hacia la retórica, donde lo central ya no es el Ser, sino el efecto del discurso sobre el oyente.

En esta crítica alcanza también la posibilidad misma del conocimiento y del lenguaje como vehículo de verdad. Tal como se aprecia en esbozos pirrónicos de Sexto Empírico, Gallego y Muñoz (2008) sostienen que:

Y no lo significa por naturaleza, porque, cuando escuchan, no todos comprenden a todos; por ejemplo, los helenos a los bárbaros y los bárbaros a los helenos.

Y si lo significa por convenio, es evidente que quienes por adelantado comprenden aquello según lo cual están hilvanadas las palabras no se apercibirán de ello por aprender gracias a esas palabras lo que ignoraban, sino por percatarse y recordar lo que ya sabían; y quienes necesitan del aprendizaje de lo no sabido y no conocen aquello según lo cual están hilvanadas las palabras, no tendrán percepción de nada.

Por lo cual, no podría darse ninguna forma de aprendizaje. Pues, además, el que enseña debe producir en el que aprehende la aprehensión de los teoremas del arte que está aprendiendo, para que así esté, al aprehender el conjunto de ellos, se convierta en experto. Pero como hicimos notar en capítulos anteriores, no existe ninguna aprehensión. Por consiguiente, tampoco darse realmente ninguna forma de enseñanza.

Pero si no existe ni lo que se enseña, ni el maestro y el discípulo, ni la forma de aprendizaje, tampoco existen ni el aprendizaje ni la enseñanza. Esto, pues, es lo que más comúnmente se argumenta sobre el aprendizaje y la enseñanza. (p. 187)

De este modo, Gorgias disuelve no solo la ontología, sino también la posibilidad de conocimiento compartido y objetivo. Su crítica alcanza las bases mismas del saber filosófico, al mostrar que ni el lenguaje ni el pensamiento, garantizan un acceso fiable a la realidad. Al negar la aprehensión como medio de enseñanza, deja en evidencia la fragilidad de todo proceso comunicativo que pretenda transmitir verdad ontológica. Este escepticismo profundo no

constituye simplemente una negación gratuita, sino una operación filosófica que tensiona los fundamentos sobre los que se había construido la tradición eleática.

En lugar de sostener que el logos revela el Ser, como en Parménides, Gorgias replantea el papel del discurso como un fenómeno que no remite necesariamente a una verdad externa, sino que opera en función de su impacto sobre el oyente. Esta inversión del esquema metafísico pone en el centro la efectividad del lenguaje, más que su fidelidad a la realidad, siendo así el lenguaje en los sofistas no como un medio para reflejar la realidad, sino por el contrario como instrumento para actuar sobre los otros, así como lo expresa Protágoras retomado por Álvaro Vallejo Campos (s.f):

La enseñanza [que yo imparto] es la prudencia en lo relativo a los bienes propios, para que [el alumno] sea el mejor en la administración de su casa y para que, en lo relativo a las cosas de la ciudad, sea el más capaz tanto en el obrar como en el decir. (p. 214)

Con esta perspectiva, Gorgias plantea un modelo discursivo que no busca desvelar verdades ontológicas, sino incidir en la percepción y emoción del oyente, de ahí que su propuesta no conduzca al silencio, sino a una nueva manera de comprender el discurso como manera de persuasión, capaz de generar efectos sin necesidad de anclarse en un Ser absoluto.

En este punto donde puede hablarse propiamente de un giro pragmático en la sofística. La preocupación ya no se orienta hacia la búsqueda de verdades ontológicas, sino hacia la utilidad retórica del discurso y su poder de transformación en contextos concretos. Este viraje marcará una diferencia sustancial entre el pensamiento presocrático centrado en el Ser y las nuevas corrientes que privilegian la acción comunicativa. A continuación, se examinará este cambio en el siguiente apartado.

La Sofística Como Giro Pragmático

La sofística no solo representa una ruptura con la ontología parmenídea, sino también una inflexión decisiva en el rumbo de la filosofía antigua. Con Gorgias y otros sofistas, el foco del pensamiento se desplaza desde la indagación sobre el Ser hacia la eficacia del discurso, desde el fundamento ontológico hacia la acción comunicativa. Este giro pragmático no significa un abandono del interés filosófico, sino su reorientación hacia los usos del lenguaje en contextos concretos de interacción humana.

El pragmatismo sofístico consiste en concebir el lenguaje no como un reflejo de una realidad objetiva e inmutable, sino como una herramienta capaz de producir efectos en los oyentes. Así, el valor del discurso ya no depende de su correspondencia con el Ser, como proponía Parménides, sino de su capacidad para persuadir, conmover o movilizar. En este marco, la verdad deja de ser una entidad metafísica a la cual acceder mediante el logos, y se convierte en una construcción retórica cuya validez se mide por su utilidad o por el consenso que logra generar.

Este desplazamiento está vinculado al contexto histórico y político del surgimiento de la sofística: el auge de la democracia ateniense donde el poder de la palabra en el ágora adquirió una relevancia sin precedentes. En este nuevo escenario, el comienzo ya no es exclusivamente contemplativo, sino también persuasivo y operativo. La enseñanza de los sofistas, por tanto, se orienta hacia la formación del ciudadano capaz de influir en la vida pública, mediante la argumentación eficaz y la habilidad discursiva, así como señala Hegel retomado por David Delgado Esquivel (2014):

La necesidad de educarse por medio del pensamiento, de la reflexión, habíase sentido en Grecia antes de Pericles: comprendíanse que era necesario formar a los hombres en sus ideas, enseñarlos a orientarse en sus relaciones de la vida por medio del pensamiento y no solamente

por oráculos o por la fuerza de la costumbre, de la pasión o del sentimiento momentáneo [...] Los sofistas, al aspirar este tipo de cultura y a su difusión, se convierten en una clase especial dedicada a la enseñanza como negocio o como oficio, es decir, como una misión, en vez de confiar ésta a las escuelas; recorren para ello, en incesante peregrinar, las ciudades de Grecia y toman en sus manos la educación y la instrucción de la juventud. (p. 69)

Este giro hacia la dimensión práctica del saber implicó una redefinición del pensamiento filosófico. La sofística propuso una concepción del saber no como verdad absoluta, sino como habilidad discursiva, como *techné* del decir. En consecuencia, la retórica se convierte en una vía legítima del conocimiento, no por su capacidad de descubrir lo inmutable, sino por su aptitud de transformar la realidad social mediante la palabra.

Desde esta perspectiva, la sofística representa un momento clave de inflexión: marca el paso de una filosofía centrada en la estructura ontológica del cosmos, hacia una filosofía interesada en las condiciones del discurso, la argumentación y la acción humana. Este viaje no solo anticipa debates posteriores sobre el lenguaje y la verdad, sino que inaugura un modo radicalmente distinto de hacer filosofía: uno que reconoce el carácter contingente, situado y performativo del saber.

La Relación Entre Verdad y Retórica

La sofística, como giro pragmático, no sólo replanteó el lugar del lenguaje dentro de la filosofía, sino que reformuló profundamente el concepto mismo de verdad. En lugar de concebirla como una correspondencia objetiva entre el discurso y una realidad inmutable como lo proponía Parménides, los sofistas introdujeron una comprensión dinámica y situacional de la verdad, así como expresa Benjamín Ugalde (2023) en el libro *Elogio de Helena*:

Ellos realzan la búsqueda racional de los motivos y causas tanto de las convenciones y normas como de las creencias humanas que hay detrás de ellas. Así sucede, por ejemplo, con sus teorías acerca de los dioses, las que en su mayoría pueden ser consideradas como escépticas, agnósticas o derechamente ateas.

Por ello, hay especialistas que señalan a los sofistas como promotores de una suerte de ilustración griega. (p. 18)

Esto no sería ya una entidad metafísica descubierta por el pensamiento racional, sino una construcción argumentativa validada por su eficacia en el contexto de un intercambio comunicativo.

Desde esa perspectiva, la verdad se desplaza desde el plano del *ser* hacia el *decir*, es decir, desde que las cosas “son en sí” hacia lo que pueden llegar a significar o provocar en un auditorio determinado. Así, la retórica no es simplemente un adorno del pensamiento, sino una vía legítima de producción de sentido, capaz de generar adhesión, persuasión o incluso consenso. Gorgias, en particular, llevó esta tesis al extremo al equiparar el poder del logos con una forma de violencia simbólica, afirmando en el libro *Elogio de Helena*, retomado por Ugalde (2023): “La palabra (lógos) es un gran potentando (dynástes mégas) que con un pequeñísimo e invisibilísimo cuerpo lleva a cabo las obras más divinas” (p. 25)

Este poder de discurso no depende de una verdad preexistente, sino de su capacidad performativa. Lo que hace verdadero un discurso, en esta óptica, no es su fidelidad a una realidad exterior, sino el efecto que logra producir en quienes lo escuchan. Por ello, la retórica se convierte en un arte del decir que ocupa no tanto de lo que es, sino de lo que puede hacerse creer o sentir. El conocimiento, entonces, ya no se mide por su aproximación a un Ser Inmutable, sino por su utilidad en la vida social y política.

A diferencia de la búsqueda de la verdad como revelación ontológica, propia de Parménides, los sofistas entendieron el discurso como una herramienta que no tiene como finalidad la contemplación del Ser, sino la eficacia argumentativa dentro de contextos concretos. La verdad, desde esta óptica, no es una entidad absoluta a la que se accede mediante el razonamiento puro, sino un resultado del juego del lenguaje, donde lo importante es la capacidad de persuadir, refutar y convencer. En este sentido, la antilogía, esto es, la capacidad de sostener argumentos contrarios con igual solvencia, se convierte en una práctica clave del saber sofístico.

Más que la producción de grandes tratados o doctrinas sistemáticas, el ejercicio filosófico de los sofistas se desplegaba en el diálogo, la disputa y el ejercicio retórico. Su maestría consistía en manejar el lenguaje de forma flexible, ajustándose a las situaciones y adaptando los argumentos a las circunstancias del auditorio, como lo señala nuevamente Benjamín Ugalde (2023):

Todos ellos manejaban una cierta forma de argumentar y de exponer sus planteamientos; esto consistía no en elaborar textos filosóficos, poemas o largos discursos, sino que, en una cierta habilidad en el manejo inquisitivo de las preguntas y respuestas, y en la argumentación antilógica. (p. 19)

En suma, la sofística no se limitó a relativizar la noción de verdad, sino que construyó una nueva forma de entenderla: no como reflejo del Ser, sino como resultado del ejercicio discursivo. Este enfoque desplazó el centro de gravedad de la filosofía desde la ontología hacia la retórica, consolidando una perspectiva donde el valor de un argumento radica en su efectividad y no en su adecuación a una supuesta realidad inmutable. Con ello, los sofistas inauguraron una manera alternativa de pensar el conocimiento, más atenta al contexto, al lenguaje y a la interacción humana. Este planteamiento no solo redefinió la filosofía, sino que también abrió la puerta a una concepción del discurso cargada de potencial persuasivo emocional, lo cual será abordado en el siguiente subtema: la función emocional del discurso.

La Función Emocional del Discurso

La sofística no solo transformó la noción de verdad y el papel del lenguaje, sino que también subrayó su dimensión afectiva. Para los sofistas, el discurso no era simplemente un medio neutro de transmisión de ideas, sino una fuerza capaz de influir profundamente en el estado emocional del oyente. En esta línea, Gorgias, en su tratado *Elogio de Helena*, equipara el poder del logos con el de la medicina, la magia e incluso la violencia física, al sostener que la palabra tiene la capacidad de generar placer, miedo, dolor o entusiasmo en quienes la escuchan.

Desde esta perspectiva, el lenguaje adquiere un carácter performativo, no solo por su capacidad de persuadir racionalmente, sino también por su facultad de producir efectos inmediatos en el alma. Así, el discurso no apela únicamente a la razón, sino también a las pasiones, convirtiéndose en una herramienta poderosa para moldear opiniones, alterar juicios y condicionar comportamientos, así como lo expresa Benjamín Ugalde (2023): “esta reflexión tuvo como consecuencia una especial apreciación del lenguaje, de la palabra, y de su imprescindible

función pública. De tal forma, los sofistas llegaron a ser, en propiedad, verdaderos pensadores políticos” (p. 26)

Esta concepción del lenguaje como poder emocional modifica radicalmente la relación entre palabra y verdad. El logos no debe ser evaluado solo por su validez lógica, sino también por su capacidad de impactar sensiblemente a quien lo recibe. La persuasión, por tanto, no se limita a la argumentación racional, sino que se despliega en el plano estético y afectivo, apelando a imágenes, metáforas y tonos que movilizan sentimientos.

En este punto, los sofistas anticipan intuiciones que siglos más tarde serán desarrolladas por la retórica clásica y por teorías contemporáneas del lenguaje, donde se reconoce que todo acto comunicativo implica una carga emocional y una intención pragmática. Para Gorgias, no existe una frontera entre convencer y conmover, pues todo discurso eficaz es, al mismo tiempo, racionalmente estructurado y emocionalmente cargado.

Tal poder emocional convierte en un acto performativo: a través de él, el sofista no solo comunica, sino que influye directamente en el estado afectivo del oyente. La persuasión no se basa en la exposición de una verdad inmutable, sino en una experiencia emocional compartida: miedo, consuelo, entusiasmo, compasión. Esta dimensión afectiva del logos se convierte en herramienta de poder, uno que no refleja la realidad, sino que puede transformarla mediante la evocación de sentimientos.

Para complementarlo, según un análisis retórico, Gorgias promueve lo siguiente retomado por Bryan Register (1999):

Gorgias sostiene que la retórica es un poder sobrehumano: el habla es un gobernante poderoso. Gorgias recurre rápida y repetidamente a la vinculación del poder de la retórica con la manipulación de las emociones: el habla es capaz de detener el miedo, eliminar la tristeza, crear

alegría y aumentar la compasión. La poesía puede causar miedo aterrador, compasión llorosa y añoranza triste. Los conjuros son inductores de placer y reductores de tristeza. Finalmente, señala que algunos discursos causan tristeza, otros placer, otros miedo, otros infunden confianza a los oyentes. Pero en ningún momento Gorgias afirma que el habla interactúe con la razón no genere conocimiento. Gorgias elimina el poder de la mente para analizar críticamente lo dicho de manera imparcial; sostiene que el que habla, como medio persuasivo, es parcial. (sección 2)

Esto refuerza la idea de que, para los sofistas, el lenguaje no se define por su fidelidad a la verdad, sino por su capacidad de generar afectos y respuestas en el oyente. El arte del discurso se concibe como una técnica emocional: más eficaz cuanto más intensa sea su resonancia sentimental.

La crítica sofística encabezada por Gorgias representa una de las objeciones más radicales al pensamiento parmenídeo. A través de la negación del Ser, la impugnación de la posibilidad del conocimiento y la desconfianza en el lenguaje como vía hacia la verdad, los sofistas no solo cuestionaron la estructura ontológica propuesta por Parménides, sino que socavaron los pilares mismos de la metafísica eleática. Lejos de buscar una nueva definición del Ser, desplazaron el foco hacia la praxis discursiva, la eficacia persuasiva y la función afectiva del logos, dando lugar a un modelo filosófico centrado en la acción, la retórica y la formación ciudadana.

Este giro pragmático, epistemológico y comunicativo marca un antes y un después en la historia del pensamiento antiguo. No obstante, la disolución del Ser emprendida por los sofistas no fue la única respuesta crítica a Parménides. Otros pensadores optaron por un camino diferente: en lugar de rechazar de plano el Ser o reducirlo a construcción lingüística, buscaron reinterpretarlo en clave materialista y pluralista. Tal es el caso de los atomistas Leucipo y

Demócrito, quienes propusieron una ontología fundamentada en la multiplicidad de los átomos y el vacío, ofreciendo una alternativa coherente a la unidad inmutable del Ser eleático. A continuación, se analizará esta propuesta filosófica bajo el título: los atomistas: Leucipo y Demócrito frente al Ser Parmenideo.

Los Atomistas: Leucipo y Demócrito Frente al Ser Parmenideo

La doctrina atomista desarrollada por Leucipo y Demócrito constituye una de las respuestas más significativas al planteamiento ontológico de Parménides. Frente a la unidad, homogeneidad e inmutabilidad de Ser eleático, los atomistas introdujeron una visión pluralista de la realidad, en la que el ser se compone de una multiplicidad de elementos indivisibles e invisibles: los átomos. Esta propuesta permite explicar el cambio, el movimiento y la diversidad sin abandonar por completo ciertas exigencias racionales del pensamiento parmenideo, como la necesidad de lo eterno, lo inengendrado y lo incorruptible.

En este marco, el Ser parmenideo no es negado totalmente, sino reinterpretado: los átomos son entidades eternas e inalterables, tal como Parménides exigía, pero coexisten en un vacío que permite su movimiento y combinación. Así, el no-Ser, que para Parménides era impensable e inefable, es asumido por los atomistas como el vacío, una realidad necesaria para dar cuenta del devenir y de la multiplicidad del mundo sensible. Leucipo, en una de las pocas citas conservadas por Simplicio, afirma esta ruptura con la ontología eleática al señalar que nada ocurre en vano, sino todo por causa y necesidad. De este modo, los atomistas explican el devenir no como una ilusión o apariencia como sostenía Parménides, sino como el resultado de la combinación y separación de partículas eternas que se mueven en el vacío, tal como lo recoge un testimonio conservado de Carlos García Gual (2007):

Afirma que el todo es infinito, como ya se ha dicho. De éste una parte es lo lleno y otra lo vacío, lo que llama elementos. De éstos se forman mundos infinitos y en ellos se disuelven. Los

mundos surgen del siguiente modo. Se desplazan por segregación del infinito muchos cuerpos variados con todo tipo de formas y caen en el gran vacío, y reuniéndose forman un vasto torbellino, en el que se entrechocan unos con otros y volteando de múltiples maneras se separan uniéndose lo semejante con lo semejante. Y no pudiendo a causa del número moverse ya circularmente en equilibrio de peso, los cuerpos ligeros emigran hacia el vacío exterior, como propulsados a través de un tamiz. Y los restantes se quedan juntos y entrelazándose se precipitan unos sobre otros y forman un cierto sistema primordial de forma esférica. (p.p 471-472)

Este testimonio muestra cómo los atomistas explicaban racionalmente la génesis del cosmos sin recurrir a causas trascendentes. La formación de los mundos, sus disoluciones y los movimientos de los átomos ocurren en virtud de un orden físico regido por necesidad, sin necesidad de apelar a una unidad inmutable que excluya el cambio.

Con esta descripción, los atomistas logran una reinterpretación original del principio del Ser parmenídeo, conservando su eternidad e inmutabilidad en los átomos, pero integrando la multiplicidad y el cambio mediante el vacío. La realidad, entonces, no es una unidad sin fisuras, sino una pluralidad en movimiento constante, articulada por leyes naturales, sin recurrir a principios metafísicos absolutos. Esta declaración evidencia una orientación filosófica que no renuncia a la racionalidad, pero que la reorienta hacia una comprensión dinámica del mundo.

El atomismo, en este sentido, logra una síntesis peculiar entre la herencia eleática y las exigencias de una explicación física del cosmos. Los átomos, siendo inmutables, responden a la lógica del Ser parmenídeo, pero su disposición en el vacío y sus infinitas combinaciones permiten una explicación coherente del cambio, la diferencia y el devenir. Esa conciliación entre lo inmutable y lo mutable marca una inflexión en la historia de la filosofía antigua, abriendo paso

a una ontología que ya no teme al movimiento, sino que lo integra como principio constitutivo de lo real.

Así, Leucipo y Demócrito inauguran un nuevo modo de concebir el Ser: ya no como lo Uno Inmutable, sino como una pluralidad de principios eternos en interacción, lo que permite salvar la racionalidad sin sacrificar la experiencia del cambio.

Con el pensamiento de Leucipo y Demócrito se consolida una de las respuestas más ingeniosas a la ontología parmenídea: una doctrina que, sin abandonar la exigencia de racionalidad y permanencia, logra integrar el cambio y la pluralidad como elementos constitutivos de lo real. Los atomistas, al admitir el vacío y la multiplicidad de átomos en movimiento, abren el camino hacia una concepción filosófica y dinámica del cosmos, donde el Ser no es negado, sino reconfigurado como principio plural en constante interacción.

No obstante, siglos más tarde, surgiría una crítica más radical, que no se limita a reformular el Ser parmenídeo, sino que lo cuestiona de raíz. Con Nietzsche, la metafísica del Ser entra en crisis profunda. Su pensamiento no solo rechaza la idea un ente fijo e inmutable, sino que reivindica el devenir, el cuerpo, los afectos y la voluntad de poder como núcleos fundamentales de la existencia. El siguiente apartado se adentrará en esta crítica nietzscheana, que representa una ruptura decisiva con la tradición ontológica inaugurada por Parménides.

Nietzsche: El Dinamismo del Devenir Frente a la Ilusión del Ser

La crítica de Nietzsche a la metafísica occidental encuentra en Parménides uno de sus blancos más fundamentales. El filósofo de Elea, al afirmar la unidad, la inmutabilidad y la eternidad del Ser, inaugura según Nietzsche un equívoco ontológico que marcará toda la historia del pensamiento filosófico: la negación del devenir. Para Nietzsche, esta negación constituye una estrategia evasiva, una huida ante la realidad del cambio, del tiempo y de la vida. Al instaurar una ontología estática, Parménides escinde la realidad en dos planos antitéticos: el del Ser eterno,

considerado como lo verdaderamente real, y el del mundo sensible, relegado al terreno de la apariencia y el error.

Esta operación, lejos de ser para Nietzsche un avance filosófico, representa el inicio de la decadencia: la falsificación de la vida mediante categorías rígidas que rechazan la experiencia del flujo. En sus obras, el pensador alemán denuncia esta escisión como una “calumnia del devenir” una traición a la naturaleza dinámica de la existencia en nombre de una supuesta estabilidad metafísica. A partir de Parménides, y reforzada luego por Platón, el cristianismo y la ciencia moderna, se construye una tradición que desprecia lo múltiple, lo mutable, lo trágico.

Frente a esta herencia Nietzsche propone una ontología del devenir. Todo cambia, todo se transforma, y nada permanece. Esta intuición se cristaliza en su doctrina del eterno retorno, formulada con fuerza en *Also sprach Zarathustra* (así habló Zarathustra), donde se afirma que la vida no debe pensarse desde la permanencia, sino desde la repetición dinámica. En una de sus expresiones más sugerentes, Nietzsche (s. f.) escribe: “Alles geht, Alles kommt zurück; ewig rollt das Rad des Seins” [todo se va, todo vuelve; eternamente gira la rueda del Ser] (p. 179).

Esta formulación no describe un retorno de lo mismo bajo la lógica parmenídea, sino un retorno del devenir mismo: lo que retorna no es una sustancia fija, sino el movimiento incesante, el flujo vital, la transformación constante de todo lo que existe. El Ser ya no es el fundamento de lo real, sino el nombre que se ha dado a la negación del cambio. Con esta crítica, Nietzsche socava las bases de la metafísica tradicional que, desde Parménides hasta Platón y más allá, había buscado una estabilidad ontológica más allá del tiempo.

La muerte de Dios, más que una consigna irreverente o provocadora, constituye en Nietzsche un diagnóstico radical de la quiebra de los valores supremos que habían sostenido la cultura occidental. Dios, como símbolo de la unidad, la verdad absoluta y la permanencia, fue

durante siglos el garante de un orden metafísico que encontraba en Parménides uno de sus primeros arquitectos: el Ser como Uno, eterno e inmutable, opuesto al caos del devenir. Anunciar la muerte de Dios, por tanto, no implica solo renunciar a una figura religiosa, sino declarar la disolución del fundamento ontológico sobre el cual se erigía toda la tradición metafísica de Occidente. En la gaya ciencia, Friedrich Nietzsche (s.f.) afirma: “¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto! ¡y lo hemos matado nosotros!” (p. 81).

Con esta declaración, Nietzsche desmantela no solo la idea de un Dios personal, sino todo aquello que, a lo largo de la historia del pensamiento, ha funcionado como su sustituto filosófico: la idea platónica, el Ser parmenídeo, la sustancia aristotélica o el Ente supremo. El anuncio de su muerte arrastra consigo la quiebra de toda ontología que pretenda fundar lo real en algo fijo, trascendente y necesario. En este nuevo horizonte, el mundo ya no se halla sostenido por una verdad eterna, sino que se afirma como devenir, como multiplicidad sin fondo último, como juego de fuerzas en transformación perpetua.

La filosofía de Nietzsche se erige, así, como una contracorriente radical al pensamiento de Parménides. Donde el eleata proclamaba que “el Ser es y el no-Ser no es”, Nietzsche responde con una afirmación vital del no-Ser como devenir, de la ausencia de fundamento como posibilidad para una nueva creación de sentido. Su crítica no constituye una negación del pensamiento, sino una reconfiguración de la razón: una razón capaz ahora de habitar el cambio, la infinitud y la incertidumbre sin buscar refugio metafísico en la eternidad.

De este modo, Nietzsche no solo se opone a Parménides como figura histórica, sino que desmantela la arquitectura ontológica que el pensador de Elea ayudó a cimentar. La idea de un Ser eterno, único e inmutable se revela, en la genealogía nietzscheana, como una construcción que responde más al miedo humano ante la finitud y el caos que a una auténtica fidelidad a la

experiencia. En su lugar, Nietzsche invita a pensar desde la vida, desde sus flujos, sus tensiones y sus contradicciones; a asumir el devenir como lo real, sin velos ni consuelos trascendentes.

Esta perspectiva marca un giro radical: ya no se trata de buscar un fundamento último que garantice el orden del mundo, sino de habitar la inestabilidad como horizonte. Nietzsche no propone un nuevo sistema metafísico que reemplace al anterior, sino una crítica demoledora que abre paso a una nueva sensibilidad filosófica: una filosofía trágica, afirmadora de la contingencia, del devenir perpetuo y del carácter interpretativo del conocimiento.

Con ello, la figura de Parménides queda al centro de una tensión histórica que atraviesa la filosofía occidental: la tensión entre el Ser y el devenir, entre la búsqueda de lo permanente y la aceptación de lo mutable. Nietzsche, al invertir los términos y celebrar el caos como potencia creadora, propone una salida decisiva del paradigma metafísico clásico. Esta salida no elimina la pregunta por el ser, pero sí la reformula desde una óptica vitalista y crítica, que prepara el terreno para múltiples pensadores posteriores.

En este sentido, el pensamiento de Nietzsche funciona como umbral hacia una nueva etapa del pensar filosófico. Su crítica al Ser eterno de Parménides no clausura el problema del ser, sino que lo radicaliza, lo desplaza y lo lanza hacia nuevos territorios: los del lenguaje, la historia, la voluntad de poder y la estética. Con ello, la herencia de Parménides no desaparece, sino que se transforma en campo de disputa, en punto de partida para otras búsquedas ontológicas. A partir de aquí, es posible emprender una síntesis crítica de las oposiciones al Ser parmenídeo, proyectando sus resonancias en la filosofía contemporánea.

Más allá del Ser Eterno: Síntesis Crítica y Resonancias Contemporáneas

Las oposiciones al Ser parmenídeo desarrolladas en este capítulo configuran un recorrido por algunas de las críticas más significativas que ha recibido la noción de un Ser Único, eterno e inmutable a lo largo de la historia del pensamiento. Desde la disolución sofística de Gorgias

hasta el vitalismo trágico de Nietzsche, pasando por el pluralismo atomista de Leucipo y Demócrito, cada postura ha tensionado los límites del legado parmenídeo, revelando tanto sus fragilidades como su persistente influencia. No se trata únicamente de un rechazo frontal, sino de un diálogo crítico que intenta reconfigurar, superar o subvertir su propuesta desde nuevos marcos teóricos.

En Gorgias, el Ser se disuelve en la imposibilidad del conocimiento y del lenguaje. En los atomistas, el Ser se multiplica y fragmenta, adoptando una estructura material que admite el vacío, el movimiento y la pluralidad. En Nietzsche, finalmente, se produce una inversión radical: el Ser eterno es denunciado como ficción metafísica que reprime la vida, y en su lugar se afirma el devenir como única realidad posible.

Lo que emerge de ese recorrido no es tanto la superación de Parménides, sino su constante reapropiación. El pensamiento occidental, incluso cuando se le opone, no puede evitar enfrentarse con él. Su propuesta ontológica funciona como un núcleo gravitacional que organiza, por afirmación o negación, muchas de las respuestas filosóficas posteriores. Comprender las críticas al Ser parmenídeo no implica abandonarlo, sino ponerlo en tensión, repensarlo desde nuevas coordenadas ontológicas y epistemológicas.

En el horizonte contemporáneo, esta tensión sigue vigente. Las discusiones en torno al lenguaje, la diferencia, la temporalidad, la corporalidad o la tecnociencia han desplazado las preguntas tradicionales de la metafísica hacia terrenos más fragmentarios, dinámicos e interdisciplinarios. No obstante, persiste el desafío fundamental: ¿es posible seguir hablando del Ser en un mundo marcado por el cambio, la pluralidad y la incertidumbre? ¿o es necesario renunciar definitivamente a esta categoría para abrirnos a otras formas de pensar la realidad?

Sin embargo, estas críticas no solo representan un ataque a la ontología de Parménides, sino también una oportunidad para repensar los fundamentos de lo real desde nuevas coordenadas. En este sentido, la muerte de Dios anunciada por Nietzsche o la fragmentación de lo real en el atomismo antiguo no deben ser entendidos como simples negaciones del Ser, sino como síntomas de un cambio más profundo en la manera en que la filosofía se relaciona con la totalidad, la unidad y la verdad. De ahí que muchas de estas críticas, aunque opuestas en apariencia, compartan un sustrato común: el rechazo de toda forma de absolutismo ontológico.

La contemporaneidad filosófica, influenciada por la hermenéutica, la fenomenología y los giros lingüísticos y ontológicos, ha heredado esta actitud crítica frente a los fundamentos sólidos y eternos. Pensadores como Martín Heidegger o Jean-Luc Nancy han mostrado que el legado de Parménides no puede ser simplemente descartado, sino que debe ser interrogado desde nuevas perspectivas. Heidegger, en particular, reconoce que Parménides no habla simplemente del “ente”, sino del “Ser” en su manifestación originaria, y que esta intuición merece ser rescatada. Según Martin Heidegger (1987) afirma:

Ser quiere decir estar a la luz, aparecer, ponerse al descubierto. Donde esto acontece, es decir, donde impera el ser, allí impera y acontece al mismo tiempo lo que forma parte de él: la percepción, el aceptar que hace detenerse aquello que se muestra estable en sí mismo. (p. 129).

Este tipo de interpretaciones permite ver que el Ser parmenídeo no está necesariamente en contradicción con toda forma de devenir, sino que podría entenderse como el horizonte que hace posible toda manifestación, incluso la del cambio. La inmutabilidad del Ser no niega el mundo sensible, sino que lo funda desde una dimensión ontológica más profunda. Desde esta mirada, el Ser no es un objeto más dentro del mundo, sino el principio que lo posibilita todo, incluyendo las oposiciones que se le han formulado.

A la luz de esta relectura, muchas de las objeciones dirigidas contra Parménides como la imposibilidad del movimiento, la exclusión del no-Ser o la supuesta rigidez de su pensamiento podrían ser reformuladas no como críticas destructivas, sino como desarrollos ulteriores que, lejos de invalidarlo, lo enriquecen. En este sentido, la historia de la filosofía no debe leerse como una serie de rupturas absolutas, sino como un diálogo continuo donde incluso las disidencias radicales mantienen un vínculo con aquello que pretenden superar.

A pesar de las múltiples objeciones y reformulaciones que ha suscitado la visión parmenídea del Ser, esta no puede ser descartada sin consecuencias profundas para la filosofía. Al contrario, frente al relativismo radical, la fragmentación del sentido o la pérdida de un suelo ontológico firme, la propuesta de Parménides se levanta como un llamado a reconectar con lo esencial. Su afirmación del Ser como Uno, eterno e inmutable no representa una negación ingenua del cambio, sino una profundización radical en lo que hace posible toda experiencia, todo devenir y toda manifestación. El Ser no es un fenómeno más entre otros, sino el fundamento incondicionado desde el cual se articula la inteligibilidad del mundo.

El rechazo contemporáneo a toda forma de absolutismo ontológico ha contribuido sin duda a desmontar concepciones rígidas del Ser. Sin embargo, este gesto corre el riesgo de vaciar el pensamiento de toda profundidad metafísica, reduciendo la filosofía a un análisis de fragmentos sin raíz. La ontología de Parménides, lejos de ser una reliquia, constituye un recordatorio del anhelo humano por lo estable, por lo verdadero, por aquello que “es” más allá del cambio y la apariencia. Desde esta perspectiva, su pensamiento no es el final de una vía, sino la apertura de una interrogación que sigue vigente.

En este sentido, la defensa del Ser parmenídeo no consiste en negar el devenir, sino en afirmar que todo devenir presupone un horizonte de permanencia que lo hace posible y pensable.

Si todo fuese puro fluir, sin estructura ni fundamento, incluso la crítica perdería su consistencia, pues nada podría afirmarse con sentido. Parménides invita a volver a preguntar por lo que “es”, por aquello que no depende de la opinión ni del caos, sino que sostiene y ordena el pensar mismo, tal como lo afirman Giovanni Reale y Darío Antiseri (1998):

El ser es, en primer lugar, no engendrado e incorruptible. No es engendrado porque, si lo fuese, o procedería de un no-Ser lo cual es absurdo, a que el no-ser no es o bien procedería del ser, cosa igualmente absurda, porque entonces ya sería. Por esas mismas razones es imposible que se corrompa (el ser no puede llegar al no-ser, porque el no-ser no es; ni puede avanzar hacia el Ser, porque avanzar hacia el ser no es más que ser, y, por lo tanto, permanecer). El ser, pues, no tiene un pasado, porque el pasado es aquello que ya no es, y tampoco un futuro, que todavía que no es. El ser es un presente eterno, sin comienzo ni final. (p. 56)

Esta visión del Ser como presente eterno, radicalmente opuesta a toda forma de devenir, no solo desmantela las objeciones sofisticas, atomistas y nietzscheanas, sino que reubica a Parménides en el centro del debate ontológico más profundo y necesario de la filosofía

Esa afirmación sintetiza con contundencia la grandeza del gesto parmenídeo: no se trata de una clausura dogmática del pensamiento, sino de su más alta exigencia. Al poner en cuestión todo lo que cambia, Parménides no niega el mundo, sino que nos invita a mirar más allá de él, hacia aquello que permite que el mundo mismo “sea”. Su Ser no es un simple objeto de conocimiento, sino la condición de posibilidad del conocer, del pensar y del decir. Así, frente a las oposiciones sofisticas, atomistas, nietzscheanas o postmodernas, la ontología de Parménides no se derrumba: resiste, interpela y funda.

Frente a las múltiples oposiciones examinadas a lo largo de este capítulo, el pensamiento de Parménides no aparece como una construcción arcaica o superada, sino como una propuesta

ontológica de profundo alcance filosófico. Su afirmación del Ser como fundamento inmutable no se debilita ante la crítica, sino que revela una consistencia interna que resiste las embestidas del escepticismo, el atomismo o el nihilismo contemporáneo. En lugar de anular el devenir, la ontología parmenídea ofrece el marco necesario para pensarlo con sentido, desde una base que no se disuelve en la contingencia ni en la contradicción.

El debate con las corrientes posteriores no clausura las propuestas de Parménides, sino que permite mostrar su potencia crítica y estructurante. Si bien el mundo experimentando está marcado por el cambio, este no puede sostenerse como absoluto sin caerse en la incoherencia. Todo devenir necesita un trasfondo estable que lo haga comprensible, pensable y comunicable. El Ser, tal como lo concibe Parménides, es precisamente esa condición de posibilidad que antecede a cualquier afirmación sobre lo que cambia, sobre lo que aparece o desaparece.

Por ello, el gesto parmenídeo no debe interpretarse como una negación del mundo sensible, sino como una exigencia filosófica radical: pensar más allá de la apariencia, ir a lo que verdaderamente “es”. Frente a las propuestas que disuelven toda permanencia en nombre del flujo constante o del relativismo, Parménides recuerda que, sin una base ontológica firme, incluso el pensamiento más crítico se vuelve inconsistente. En esta dirección, su Ser no es simplemente un concepto antiguo, sino una categoría que sostiene la racionalidad misma.

En este cierre del recorrido por las oposiciones al Ser parmenídeo, se pone de manifiesto que su propuesta filosófica no solo resiste, sino que interpela con vigor. Su concepción del Ser como plenitud, unidad y permanencia continúa ofreciendo una respuesta estructural al problema del fundamento, especialmente en contextos donde la verdad, la identidad o el sentido parecen fragmentarse. Con esto, se revaloriza la actualidad de Parménides, no como figura del pasado,

sino como un interlocutor esencial para cualquier pensamiento que se tome en serio la pregunta por lo que realmente es.

Conclusiones del Proyecto de Investigación

A lo largo de este proyecto de investigación se ha examinado el pensamiento de Parménides desde una perspectiva integral abordando primero su contexto biográfico: su lugar de nacimiento, su linaje y el entorno cultural de Elea, todos ellos elementos que favorecieron la maduración de una intelectualidad orientada al saber que trasciende lo meramente físico. En este marco, su formación filosófica jugó un papel fundamental, pues no sólo lo vínculo con otros pensadores y corrientes previas, sino que le proporcionó los recursos necesarios para desarrollar, de manera autónoma y rigurosa, su propuesta ontológica. La escuela de Elea, como núcleo de reflexión metafísica, sirvió así de catalizador para la gestación de una visión del Ser que marcaría profundamente el rumbo de la filosofía occidental.

En el tercer capítulo se exploró la vigencia del pensamiento parmenídeo a través de su recepción en diversas figuras de la tradición filosófica. Allí se puso de relieve cómo Parménides no fue un pensador aislado ni anacrónico, sino una referencia constante en el desarrollo de la metafísica. Su idea del Ser como uno, eterno e inmutable, fue asumida, reelaborada o discutida por pensadores tan influyentes como Platón, quien releyó la propuesta parmenídea en clave idealista; por Heráclito, en una tensión dialéctica entre el Ser y el devenir; y por numerosos filósofos posteriores que, al interactuar con Parménides, consolidaron el papel central de la ontología en la historia del pensamiento. En este sentido, la doctrina del Ser parmenídeo no solo inauguró un modo de hacer filosofía, sino que fundó el horizonte desde el cual toda reflexión filosófica posterior tendría que definirse, ya sea por afirmación o por contraste.

Finalmente, el cuarto capítulo permitió confrontar al pensamiento de Parménides con algunas de las principales objeciones filosóficas surgidas a lo largo de la historia. Desde la retórica sofística que negó toda posibilidad del Ser, pasando por la visión atomista que lo

fragmentó en multiplicidad, hasta llegar a Nietzsche, quien proclamó el ocaso de toda ontología estable, se evidenció como el Ser parmenídeo ha sido cuestionado desde múltiples frentes. Sin embargo, este ejercicio crítico no debilitó la propuesta de Parménides, sino que permitió reafirmar su profundidad y vigencia. Lejos de ser una noción superada, el Ser parmenídeo resiste las objeciones al poner de manifiesto que todo pensar, incluso el que niega, presupone un “algo que es”. Así, el Ser se revela no como una construcción obsoleta, sino como una condición estructural del pensamiento y del decir filosófico.

En definitiva, el recorrido filosófico emprendido a lo largo de ese proyecto ha puesto de manifiesto que el pensamiento de Parménides constituye un pilar insoslayable en la historia de la metafísica. Su concepción del Ser como fundamento inmutable de toda realidad no solo inauguró una nueva forma de pensar, sino que estableció las condiciones mismas de posibilidad del pensamiento filosófico. A pesar de las múltiples críticas y reformulaciones que ha recibido a lo largo del tiempo, la ontología parmenídea sigue desafiando los límites del lenguaje, de la razón y de la experiencia. Lejos de quedar relegada a un pasado arcaico, su propuesta continúa siendo una referencia obligada para todo intento serio de comprender qué significa realmente que algo sea. Así, esta investigación no pretende clausurar el debate sobre el Ser, sino aportar una relectura rigurosa y actual del legado parmenídeo, reconociendo en él una brújula filosófica aún vigente en medio de la fugacidad y el relativismo del pensamiento contemporáneo.

Referencias Bibliográficas

Araújo de Vasconcelos Filho, F. (2010). A perscrutação do Ser parmenídico: compreensão e implicações da relação entre o Ser, Pensar e Dizer no poema da Natureza.

https://riu.ufam.edu.br/bitstream/prefix/1811/1/Relat%c3%b3rio_Final_Francisco_PIBIC-FAPEAM.pdf

Ariza, S. (2009). Gorgias de Leontini Sobre el no Ser. Grupo de traducción de la universidad de los Andes. Facultad de ciencias sociales Departamento de filosofía.

<https://es.scribd.com/document/627982663/Tratado-sobre-el-No-Ser-Gorgias-de-Leontini-z-lib-org>

Banchio, L. (2004). La educación según Platón. (p.p 1-10).

https://gc.scalahed.com/recursos/files/r161r/w24555w/La_educacion_segun_Platon.pdf

Barnes, J. (1995). Metafísica. ¿Qué es la metafísica? Facultad de humanidades y ciencias de la educación (ADULAR).

https://www.academia.edu/8060065/Barnes_J_Metaf%C3%ADsica_traducci%C3%B3n_informal_de_uso_en_clase_

Barnes, J. (2000). Los presocráticos. Catedra Teorema. Ediciones, catedra. Madrid, España.

https://www.academia.edu/103739569/Jonathan_Barnes_LOS_PRESOCR%C3%81TICOS

Bedlow, L. (2011). *Platón y la invención de la escuela de Elea*. Universidad de Barcelona.

<https://raco.cat/index.php/Convivium/article/view/248258/332371>

Bernabé, A. (1998). Fragmentos presocráticos de Tales a Demócrito. El libro del bolsillo.

Clásicos de Grecia y Roma. Alianza editorial. Madrid, España.

<https://www.ead.pucv.cl/ap./uploads/2022/05/Fragmentos-presocra%CC%81ticos.-De-Tales-a-Demo%CC%81crito-Pajares-2008.pdf>

Campbell, G. Empédocles. Enciclopedia de filosofía de internet. <https://iep.utm.edu/empedocles/>

Cañas Quirós, R. (2010). El pluralismo científico – religioso en Empédocles. Revista Acta

Académica. Universidad Autónoma de Centro América. San José, Costa Rica.

<http://revista.uaca.ac.cr/index.php/actas/article/view/332/327>

Cavallar, J. (2011). Las paradojas del movimiento de Zenón de Elea y el testimonio Platónico.

Aporía. (p.p. 79-87). <https://www.nodualidad.info/recursos/pdf-articulos/Las-paradojas-del-movimiento-de-zenon.pdf>

Cordero, Néstor Luis. (2015). La aristotelización y platonización de Parménides por

Simplicio. *Argos*, 38(1), 32-51. Recuperado en 04 de octubre de 2025, de

https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-63792015000100002&lng=es&tlng=es..

De Azcárate Corral, P. (1871). *El sofista*. En P. de Azcárate (Trad.), *Obras completas de Platón*

(Tomo IV, pp. 14–15). chrome-

extension://efaidnbmnnnibpcjpcglclefindmkaj/<https://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf04009.pdf>

De Azcárate Corral, P. (1871). Fedro. Platón, Obras Completas – Tomo 2. Edición de Patricio de Azcárate. chrome-

extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf02257.pdf

De Azcárate Corral, P. (1871). Platón. Edición de Patricio de Azcárate.

<https://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf04143.pdf>

Delgado Esquivel, D. (2014). Los sofistas al pancracio. Lenguaje y agonismo para la transformación de los valores ciudadanos. Universidad Nacional Autónoma de México.

<https://www.redalyc.org/pdf/3603/360333901003.pdf>

Diels, K. (s.f.) Parménides. Sobre la naturaleza. (C. Láscaris, Trad. Intr. y paráfrasis).

<https://inif.ucr.ac.cr/wp-content/uploads/2022/05/Vol.%20XIII/No.%2036/Parm%C3%A9nides.%20Sobre%20la%20Naturaleza.pdf>

Eggers, C. (1998). Platón. Diálogos IV república. Editorial Gredos. Madrid, España.

https://aulavirtual4.unl.edu.ar/pluginfile.php/7051/mod_resource/content/1/platon-dialogos-iv-republica-gredos.pdf

Enciclopedia Herder (2017). Escuelas y filósofos presocráticos. Herder editorial. Barcelona.

https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/Escuelas_y_fil%C3%B3sofos_presocr%C3%A1ticos

- Gallego Cao, A. y Muñoz Diego, T. (2008). Esbozos pirrónicos. Sexto Empírico. Biblioteca Clásica Gredos. chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.espiritualidadpamplona-irunea.org/wp-content/uploads/2022/09/Esbozos-pirronicos-Sexto-Empirico-.pdf
- García Gual, C. (1996). Empédocles de Agrigento. Universitas Philosophica 25-26, (pp. 11-25). Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2400802>
- García Gual, C. (2007). Diógenes Laercio. Vidas de los filósofos ilustres. Clásicos de Grecia y Roma. Alianza editorial. <https://seminariofilantunc.wordpress.com/wp-content/uploads/2013/11/diogeneslaercio-vidasyopinionesdelosfilosofosilustres.pdf>
- Gilson, E. (1965). El Ser y la esencia. Academia Francesa. Ediciones Desclee, de Brouwer. Buenos Aires. <https://philpapers.org/archive/GILESY-2.pdf>
- Gómez Lobo, A. (1985). El poema de la naturaleza de Parménides. Charcas.
<https://juanfermejia.com/wp-content/uploads/2017/09/poema-parmenides.pdf>
- Hegel, F. (1966). Hegel. Fenomenología del Espíritu. Colección de textos clásicos.
https://docs.enriquedussel.com/txt/Textos_200_Obras/Aime_zapatistas/Fenomenologia_espiritu-Hegel.pdf
- Hegel, F. (2011). Ciencia de la lógica (F. Duque, Ed. y Trad.). Universidad Autónoma de Madrid. https://proletarios.org/books/Hegel-Ciencia-de-la-Logica_Vol_1.pdf

Heidegger, M. (1987). *Introducción a la Metafísica*. Editorial Gedisa. Barcelona.

https://www.academia.edu/43628698/HEIDEGGER_Martin_Introduccion_a_la_Metafisica_PDF

Heidegger, M. (1997). *Ser y Tiempo* (J. E. Rivera, Trad.). Editorial Universitaria. Santiago de Chile. (Obra original publicada en 1926).

[ecastellanohttps://apiperiodico.jalisco.gob.mx/api/sites/periodicooficial.jalisco.gob.mx/files/ser_y_tiempo-martin_heidegger.pdf](https://apiperiodico.jalisco.gob.mx/api/sites/periodicooficial.jalisco.gob.mx/files/ser_y_tiempo-martin_heidegger.pdf) Ser y tiempo. Edición digital philosophia.

https://apiperiodico.jalisco.gob.mx/api/sites/periodicooficial.jalisco.gob.mx/files/ser_y_tiempo-martin_heidegger.pdf

Ibañez Morino, C. (2006). *Heráclito de Éfeso. Historia del pensamiento político y social I*.

Universidad Nacional de Asunción. Facultad de derecho y ciencias sociales. Escuela de ciencias sociales y ciencias políticas. Asunción-Paraguay.

<https://es.scribd.com/document/39712114/Ibanez-Morino-Heraclito-De-Efeso>

Kraut, R (2022). *Platón*. Enciclopedia de filosofía de Stanford.

<https://plato.stanford.edu/entries/plato/>

Krieger, P. (2004). *La deconstrucción de Jacques Derrida (1930-2004)*. Anales del instituto de investigaciones estéticas. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=36908409>

Mark, J. (2012). *Fragmentos de Heráclito. Las quejas de Heráclito*. Enciclopedia de historia mundial. <https://www.worldhistory.org/article/182/heraclitus-fragments/>

Nietzsche, F. (s.f.). *Also Sprach Zarathustra*. <http://www.pileface.com/sollers/pdf/Zarathustra.pdf>

Nietzsche, F. (s.f.). La Gaya ciencia. Librear. chrome-Recuperado el 14 de agosto del 2025

extension://efaidnbmnnnibpcajpcgclclefindmkaj/https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/686
 22726/La_Gaya_Ciencia_Friedrich_Nietzsche-libre.pdf?1628190769=&response-
 content-
 disposition=inline%3B+filename%3DLa_Gaya_Ciencia_Friedrich_Nietzsche.pdf&Expir
 es=1754765287&Signature=Fdv~JgMkX~BoVILjfKV9pVTOmqK3ksXmEWTw0Rd5Pt
 n8dw9YV6caw-bdh49-dU11JZ1Z-
 Aw2LR~4S6J5XG1zZSfPKe8NSRcKKhONO2D1AWLjBlsjuyZsZEwCb5OxUZQm6tjb6
 R-
 fnLJAteCu81sNwHw1G69j1Xmxt~gmW9ioOSImacxmaIro4zZp1v0R1065ICE0gsr3hqbJ
 qh3~PiII3CK9WFjkSWdE8fiavnj~fqodbfAVDxaZjZfQzANxnbBjoa-
 AWuGyUda67maXtv4neDw9hzvE1wwG0OGG0mRp8qRb8Wh-Qfk6-
 uQOasmHeIgKzrlS~ypSLhD0RKR4oyeK~g__&Key-Pair-
 Id=APKAJLOHF5GGSLRBV4ZA

Palmer, J (2020). Parménides. Enciclopedia de filosofía de Stanford.

<https://plato.stanford.edu/entries/parmenides/>

Parménides de Elea. (s.f.). Poema de Ser, fragmentos. Recuperado el 27 de julio del 2025

<https://www.filosofem.cat/IMG/pdf/parmenides-poemadelanaturaleza.pdf>

Reale, G. y Antiseri, D. (1985). Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo primero.

Antigüedad y edad media. Editorial Herder S.A, Barcelona.

<https://filosofia260.wordpress.com/wp-content/uploads/2020/04/historia-del-pensamiento-filosofico-y-cientifico-tomo-1.pdf>

Reale, G. y Antiseri, D. (1998). Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo primero. Antigüedad y edad media. Editorial Herder. Barcelona.

<https://filosofia260.wordpress.com/wp-content/uploads/2020/04/historia-del-pensamiento-filosofico-y-cientifico-tomo-1.pdf>

Redding, P. (2020). Georg Wilhem Friedrich Hegel. Enciclopedia de filosofía de Standford.

<https://plato.stanford.edu/entries/hegel/>

Register, B. (1999). La lógica y la validez del atractivo emocional en la teoría retórica griega clásica [Tesis de licenciatura no publicada]. Universidad de Texas en Austin.

<https://enlightenment.supersaturated.com/essays/text/bryanregister/thesis/index.html>

Reynolds, J. y Derrida, J. (s.f.). Enciclopedia de filosofía de internet. Recuperado el 21 de mayo del 2025 <https://iep.utm.edu/jacques-derrida/>

Román Alcalá, R. (1994). Meliso de Samos: La corrección de la ontología parmenídea y sus inevitables consecuencias escépticas. UNED, Madrid.

<https://helvia.uco.es/xmlui/bitstream/handle/10396/2208/eserv.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Ugalde, B. (2023). Gorgias. Elogio de Helena. Colección traducciones. Edición Bilingüe. Ediciones democracia y libertad. Santiago de Chile.

https://www.academia.edu/104669826/Elogio_de_Helena_Gorgias_trad_Benjam%C3%A9n_Ugalde_Introducci%C3%B3n

Vallejo Campos, A. (s.f.) V. Los Sofistas. Historia universal del pensamiento filosófico.

Recuperado el 15 de junio del 2025 <https://www.ugr.es/~avallejo/hal/los%20sofistas.pdf>

Wheeler, M (2011). Martín Heidegger. Enciclopedia de filosofía de Stanford.

<https://plato.stanford.edu/entries/heidegger/>

Zubiria, M. (2016). El poema doctrinal de Parménides. Edición de Mendoza. (pp. 1-110):

https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/7654/elpoemadoctrinalparmenides.pdf